

# La Esfera



19 Febrero 1916

Año III.—Núm. 112

ILUSTRACION MUNDIAL



MUCHACHA SEGOVIANA, cuadro de José González de la Peña

DE LA VIDA QUE PASA  
**RUBÉN DARÍO, HA MUERTO**

**H**A leído usted?... ¡Pobre Rubén!

Don Ramón del Valle Inclán me daba la noticia funesta, enrojecidos por el llanto los ojos brujos.

—¡Es horrible! ¿Con quién comentaré ahora mi *Lámpara maravillosa*? Rubén hubiera tomado su whisky, yo mi píldora de cáñamo índico, y nos hubiéramos internado en el miserero. El era un hombre que estaba en contacto con lo misterioso.

Y mientras así decía el maestro de las *Sonatas*, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quevedos, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, é hiperestésico y sensual, amaba «la celeste carne de la mujer», y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía á nacer, renovado, en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico á una futura perfección de la inteligencia, que hiciese más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el inútil dolor de los recuerdos. Y había caído á esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

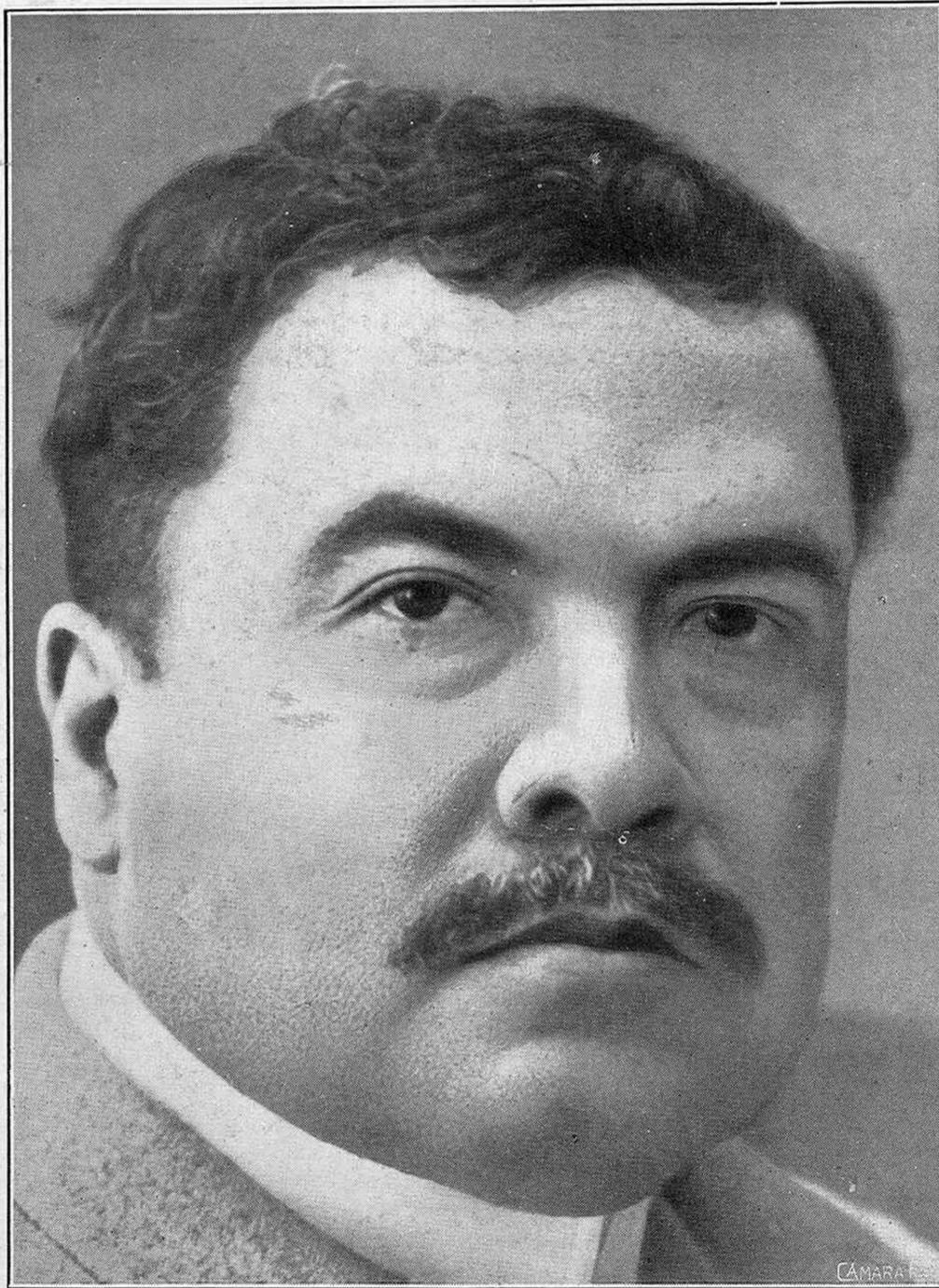
«Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto...  
 y el temor de haber sido, y un futuro terror...  
 y el espanto seguro de estar mañana muerto...  
 .....  
 y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
 y la tumba que aguarda con sus funebres ramos,  
 y no saber á donde vamos ni de donde venimos.»

La amargura de esta filosofía, que buceaba en los misterios del no ser ó del ser eterno; el tedio inenarrable, tan propio de las almas bien nacidas, y la tortura de sus nervios, siempre en tensión por su excesiva sensibilidad, llevóle á buscar el bien supremo del olvido en el placer intenso y rápido de los amores fáciles, y en las alucinaciones del amarillo brebaje de los viajeros, de la pócima verde y lunar de Verlaine y del oro líquido é hirviente de la viuda Clicquot.

Más de una vez, en el París galante ó en el Buenos Aires cosmopolita, durante el alba que seguía á las noches de sensualidad, el pobre poeta, brumoso de *spleen* y luminoso de aurora, ebrio del amor de las peripatéticas y de whisky, de ajeno y de champaña, abafase en un diván profundo como su pena, y me hablaba de la muerte.

—Felipe—decíame, mientras acariciaba las solapas de su *smocking*—revela á la posteridad que el poeta se muere y que el poeta vestía de seda.

¡Pobre Rubén! Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel, y, poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escurrir la última gota de las palabras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la



RUBEN DARIO

serenidad, la unción y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Provisto de las gafas de Quirón, el centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas: fué Verlaine, antes y después de Rimbaud; fué griego con Jean Moreas; fué ciclópeo con el abuelo Hugo; fué carnavalesco y lunar con Bauville; tuvo la sensualidad triste de Mallarmé, y el luciferismo de Baudelaire; amó á las buenas mozas y al *bon vino* del arcipreste y de Berceo; fué músico con Santa Teresa; horaciano con Garcilaso; bucólico con el marqués de Santillana; cívico y pagano con Carducci; melancólico con Heine; inquieto con Goethe; fastuoso con D'Annunzio; frondoso con Rudyard Kipling; cerebral y cósmico con Whiman, y así como su carne y sus huesos de errante viajaron por todos los países, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo «tocar su flauta para los habitantes de su reino interior y su hermano, el ruiseñor, quedó contento de su melodía.»

Porque en España, desde los buenos tiempos de D. Luis de Góngora y Argote, abuelo espiritual de Rubén, no surgiera el poeta cortesano y amable; porque la sonoridad quintanesca y vacía de mediados del siglo XIX había roto la serenidad de la forma y carecía de novedad en las

sensaciones, Rubén Darío, asqueado del presente prosaico, creyendo demasiado incierto el futuro para darle forma plástica, fué á buscar en el pasado sus motivos poéticos y tras sus evocaciones griegas y francesas del siglo XVII—la Francia helénica del Trianon—apareció con su espíritu ennoblecido y suave, enamorado de la belleza y de la frivolidad galante, como un pagano y como un abate madrigalista. Después... el buen hexámetro griego un tiempo, latido posteriormente con Virgilio divino, halló morada española en *La Salutación del Optimista*, y el matiz, la *miance*—que nosotros no tenemos los pirriuos, los trocaicos y los yámbicos, que libertaron al ritmo un tiempo apresado en las férreas hebillas de los acentos de la métrica al uso—, revivieron al verso momificado, tornáronle ágil, sinuoso y ondulante como una cinta, y por la pluralidad y la fuerza de las sensaciones, por la magrosa sabiduría de las evocaciones y recitaciones mitológicas y arqueológicas, sin encerrarse en el simbolismo, ni en el decadentismo, ni en el mallarmismo, ni en el ruskinismo, sin ponerse librea de lacayo, halló hasta el modo de poetizar—merced al hondo enlace de las relaciones lejanas—el tráfago prosaico de la vida contemporánea y mercantil en su *Canto á la Argentina*, y en las postrimerías, tras de saludar nuevamente á su amiga la Primavera en su segunda composición á Madame Lugones, «porque el arte es eterno y Apolo es inmortal», lloró con místico renunciamento todas las melancolías de su carne harta en su edificante oración *En la Cartuja!*

¡Ha muerto el primer lírico de la raza latina! Ya no le verá más á la puerta de las tabernas parisinas, esperar su tedio bajo la fronda del bulevar y soñar con Grecia mientras chupaba la miel que siempre llevara en un bote de latón en un bolsillo de su americana, acaso porque todo un enjambre de áticas abejas había reencarnado en el cuerpo rijoso y ultrasensible de aquel indio chorotega que tenía manos de marqués.

Lírico hortelano de los huertos de América, hizo un injerto precioso en los huertos de España, y el caudaloso río de su numen trajo aguas de renovación al mar inmenso de la poesía castellana.

En las erguidas ceibas de los bosques nicaragüenses han emudecido sinsontes y turpiales, y los ruiseñores de España están llorando la muerte de su hermano mayor.

Sobre el pedestal que han formado las piedras innumerables con que le lapidaron beocios y filisteos—callados para siempre por respeto á la Páida—, se levanta, en el cielo ya, la gloria del poeta; yo, pobre escribidor obscuro, que aprendí, como todos los modernos, á tocar con un dedo, unas notas en el clave maravilloso de su idioma, le envío por las olas y en el viento, tal la Margarita de su cuento rimado, una lágrima, la de mi admiración, la de mi gratitud, la de mi afecto, la de mi razón de ser, que ha de evaporarse sobre la tumbado de ya y la efímera vestidura de aquella grande alma eterna bajo el sol ardiente de su Nicaragua natal.

FELIPE SASSONE



CALLE ARRIBA  
LA CARROZA DE LAS CIEN PRINCESAS

CAMINÁIS deprisa, preocupado, mohino; es uno de esos días en que los quehaceres agobian ó las cosas atormentan ó el tedio estrangula. Y es entonces precisamente cuando las calles se os hacen más angostas y el tránsito más dificultoso y más embarazoso la aglomeración de videntes. El porteador os lastima; los flecos de un raído mantón se os prenden en los botones de las mangas; una zanja os obliga á un inusitado alarde gimnástico. Por fin, la detención es irremediable entre un gigante cargador de muebles y una opulenta porteadora de baratijas. Consultáis el cronómetro, os impacientáis, pateáis, gemís; todo es en vano. Os halláis rodeado de barreras infranqueables, porque fuera de las aceras es abrumadora la bizarra confusión de vehículos: camiones, volquetes, carros de mudanzas; armatoste de todo género os amenazan con pulverizaros si os arriesgáis entre las ruedas gigantes y sus robustos ejes. Para mayor espanto, la bocina de un automóvil os lanza al pabellón de la oreja un feroz ladrido apocalíptico, *tanquam vocem tronitruí*, y luego, al poner la planta fuera del encantado, os sobrecoge la vibración de un nuevo vehículo gigante, que hace retumbar el desigual empedrado de cuña, mientras la voz de su automedonte os grita ronca, destemplada y conmiadira: — ¡Eh, fuera, ahí va!



El ómnibus de las Ursulinas

FOT. SALAZAR

Volvéis la cabeza, y véis llegar un carruaje enorme, con aspecto de *ómnibus*, pero lustroso, barnizado, pulcro, lleno en su cuerpo superior de transparencias cristalinas. Y vuestro enojo se disipa y es reemplazado al punto por una especie de absorción estática. Es la carroza de las cien princesas, el carro triunfal de las Eupátridas, el coche, en fin, de las educandas de familias linajudas y nobles, que reparte á domicilio su carga preciosa y gentil. Precisamente en aquél instante, se ha abierto su portezuela posterior, y del seno del alcázar móvil ha saltado á la acera, bulliciosa, alegre, mariposeante, una adolescente aérea y perfumada. Ha lanzado una carcajada fresca y juvenil; ha agitado su manita de Boticelli para despedirse de sus amigas, y luego se ha internado en un anchuroso portal en donde ha cerrado tras ella la puerta de cristales esmerilados un fastuoso servidor de librea.

Y quedáis deslumbrados, conservando fugaz en la retina la sensación de un juvenil revuelo y una confusión de líneas adorables en que creéis hallar pliegaduras de faldas negras y luminosidades de cintas escaleta, y airoosidades de amplios sombreros pastoriles y nitideces espumosas de encajes. Es la carroza de las cien princesas, de todas las princesas, que se reemplazan, se suceden, se saludan con un gesto vestálico y se despiden tal vez para siempre con un sencillo y aristocrático ademán. Las veréis tras de los cristales alineados, tocadas todas de idéntico sombrero, de alas oscuras y flexibles, ceñidas todas con un sangriento cíngulo, como sacerdotisas del fuego que ha de encenderse en la nubilidad; rosadas unas, pálidas las otras, vivaces y juvenales algunas, melancólicas otras, como si presintieran la futura desigualdad que ha de

establecer entre las amigas más íntimas la separación fatal é irremediable que separa los exuberantes capullos triunfales de los cálices deshojados. Porque entre ellas, entre las jóvenes eupátridas, las hay que serán pobres. El porvenir es un enigma que lo mismo repara ensalmos prestos á rendirse á la palabra mágica que sellos salomónicos hostiles á todos los conjuros. Y algunas lo presienten, y un velo de tristeza pasa ante sus pestañas. Su casa no es como la de su constante amiga; en sus habitaciones no hay las preciosidades que ella describe ni en su mesa las magnificencias que ella pondera. Tal vez la colegiala triste ha escuchado á sus padres palabras incoherentes, conceptos vagos que revelan el malestar. Hoy nada la distingue

de sus compañeras; mañana se separará de ellas por siempre, y acaso no la conocerán, cuando desde lo alto de su automóvil la miren cruzar á pie la calle, con su pobrísima indumentaria y su calzado mísero, que quisiera esconder en vano á los ojos de la que fué su compañera y hoy es su rival. Pero, entretanto, la fraternidad reina en el fondo del carruaje. Todas las niñas se hablan, sonríen y se comunican sus secretos ensueños. De cuando en cuando, la portezuela se abre; la voz de la encargada pronuncia un nombre: — «La señorita Guzmán de Moncada». Y una niña desciende, alisando sus plumas, arreglando sus rojas cintas, y cruza la acera saltando como un aturdido pinzón. Y el pesado armatoste vuelve á ponerse en marcha, y la voz del arriero torna á decir con acento solemne: — ¡Ahí va!

ANTONIO ZOZAYA

LAS PRIMERAS CANAS

La divina mujer que yo adoro «¡Tiene canas!», ha dicho riendo. Y mis niños después, con estruendo, «¡Tienes cana!», gritaban á coro. Yo he sentido una vaga tristeza al mirar esos hilos de plata, que el espejo á mis ojos delata en mitad de mi negra cabeza. ¡Y, con esa tristeza indecisa, he besado á mis niños ravisos, y he temblado al calor de sus besos, y he llorado á la luz de su risa!

¡Oh, cobard egoísmo! ¡Quiéieras que la marcha del tiempo cesara y su río de amor no pasara á regar otras verdes riberas! Corazón, eres árbol añejo; á tu sombra otros árboles crecen y, cuando ellos rien es florecen, tú te inclinas vencido y rugoso. Llegarán á los campos otros otros ecos de nuevos amores; otros huertos darán nuevas flores y otras almas tendrán nuevos sueños.

¡Juventud! De tu encanto ¿qué ha sido? De aquel tiempo feliz, nada queda... Ruiseñor, que alegró la arboleda, ¿dónde fuiste? ¿Qué nido es tu nido?

¿Quién del propio dolor no se olvida, quién se rinde á silencio y desmayo, cuando el sol jubiloso de Mayo canta el himno triunfal de la vida? Al salir á la calle he sentido la caricia de un aire que ana; de los cielos la luz soberana dió á mis venas calores de nido. Rió el sol; los amantes pasaron á mi lado con risas de rosas, y la muda quietud de las cosas de un perfume de amor impregnaron. Yo respiro esta atmósfera pura de salud, de ilusión, de alegría, y con flores de amor y poesía hago un ramo á la amada hermosura.

De los propios y ajenos amores hizo un ramo florido el poeta.

Su canción soñadora é inquieta viene á darte en secreto esas flores. Cuantos tristes idilios murieron, cuantas nuevas dulzuras se esbozan, cuantas penas las ramas sollozan, cuantas dichas al sol refulgieron, cuanto vive, ama y canta y sonríe en eterna y feliz primavera, quiso Dios que á mi alma viniera y Dios quiso que á ti te lo envíe. Cuanto es luz, cuanto es sueño y es gloria, una llave se yo que lo abra. Una sola divina palabra: el amor... Y el amor es mi historia. El amor nuestro hogar acompaña y nos salva de tristes desmayos. Disputemos los últimos rayos de este sol. Bienhehor que nos baña. Resucite las muertas quimeras el afán de guardar el tesoro, y el fulgor de tus rizos de oro dé calor á mis nieves primeras.

RICARDO J. CATARINEU

LA ESFERA  
ARTE DECORATIVO



LA MERIENDA, dibujo del ilustre artista Mariano Andreu

LA ESFERA  
PERSONAJES REALES



S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA

DIBUJO DEL NATURAL POR VÁZQUEZ DÍAZ

DE LA VIDA DE MAR  
LA PESCA DE LA SARDINA

A las tres de la mañana, aquí.  
—No faltaré.  
Estreché la recia mano del Sr. Paulino, el patrón de la lancha, y nos separamos.

Las farolas del hermoso paseo de Pereda trazaban con sus puntos luminosos una línea recta, interminable.

Mis pasos resonaban en la amplia acera; el reloj de la Catedral, uno de esos viejos relojes provincianos que tañen graves y solemnes las horas, acababa de dar las tres menos cuarto.

Al final del paseo y frente á Puerto Chico, brillaba la luz de la taberna donde nos habíamos citado: es el sitio donde se reúnen los pescadores para «echar la mañana» antes de hacerse á la mar. Mi entrada produjo un murmullo de extrañeza. Un señorito en aquel lugar y á aquellas horas, no debía ser muy corriente.

—¿El Sr. Paulino?—me atreví preguntar al dueño de la taberna.  
—No debe tardar—respondióme éste, mirando con cierta extrañeza.

Esperé contemplando á los concurrentes. Carras cetrinas, recios hombros y todos vestidos de azul.

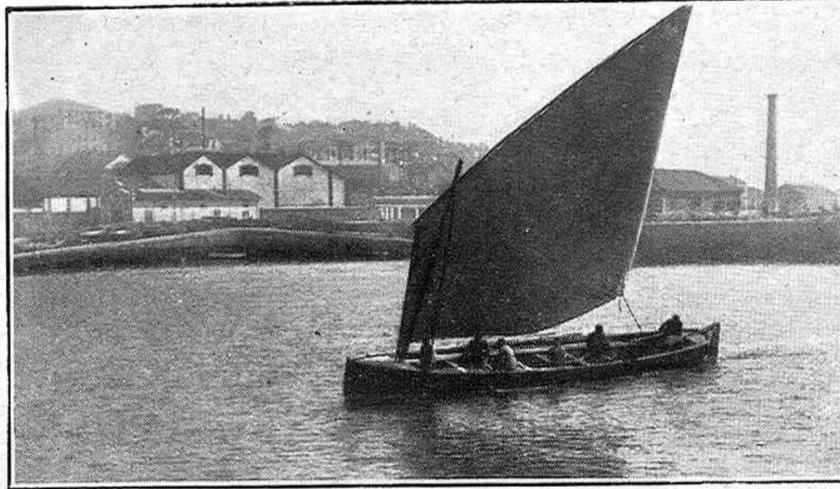
El patrón llegó en seguida. Pidió café, yo también; pagué veinte céntimos por ambas consumaciones y salimos.

Puerto Chico estaba animadísimo. En la obscuridad de las aguas zigzagueaban las luces del puerto y de las traineras. Voces de mando, llamadas, ruidos de remos que se preparan y poco después una á una y muy próximas entre sí, van deslizándose sobre las tranquilas aguas de la bahía las barcas pescadoras, formando una procesión de lucecitas, que se interna en el mar.

El Sr. Paulino posee una vaporcita con la que remolca su trainera; en aquella tomamos asiento: él al timón, yo á su lado.

Nuestro barco es veloz, rasga las aguas con crugidos de sedas.

En las riberas apenas se perciben las grandes



Barca pescadora, al salir del puerto

masas. El palacio de la Magdalena se silueta sobre el cielo. La isla de Mouro nos la marca el faro que brilla y se apaga alternativamente. El horizonte es un abismo negro, en el que mar y cielo se confunden. Enfilamos la bocana del Puerto; la mar, bella, tiene, sin embargo, en aquellos parajes, eternamente peligrosos, sacudimientos de fiera adormecida.

Estamos en plena mar y en plena noche. Algunos pescadores canturrean. ¡Qué ritmo tan extraño tienen esas canciones que rompen el silencio de aquella soledad!

El faro de Cabo Mayor rasga la obscuridad y traza pinceladas de plata en las aguas.

El horizonte, desde nuestra insignificante barquita, parece más cercano.

Saltamos á la trainera. Es preciso esperar á que claree el día. Esperamos.

Mis buenos amigos admiran un poco mi vida errante, que toca en todos los peligros. Hablan con entusiasmo del valor de los aviadores, de la serenidad de los militares en la guerra. ¡Ellos, que todos los días se rozan con la muerte!

—El mar—me dicen—no tiene importancia. Es cuestión de no acobardarse. Eso sí, parece que nos conoce. Si nos amilanamos, juega con nosotros y llega á vencernos, pero si resistimos vencemos sus zarpazos, hasta dijérase que nos obedecía. El día comienza á clarear, pero noto que viene al revés, pues es por Occidente donde se percibe el primer albor. En Oriente hay nubarrones. Hago la observación algo inquieto, y me responden:

—Hoy un gran día, despejadísimo. Ya verá usted.

La luz va precisando lentamente los objetos; á nuestro alrededor se balancean numerosas barquitas como la nuestra.

—Vamos á probar—grita el patrón.

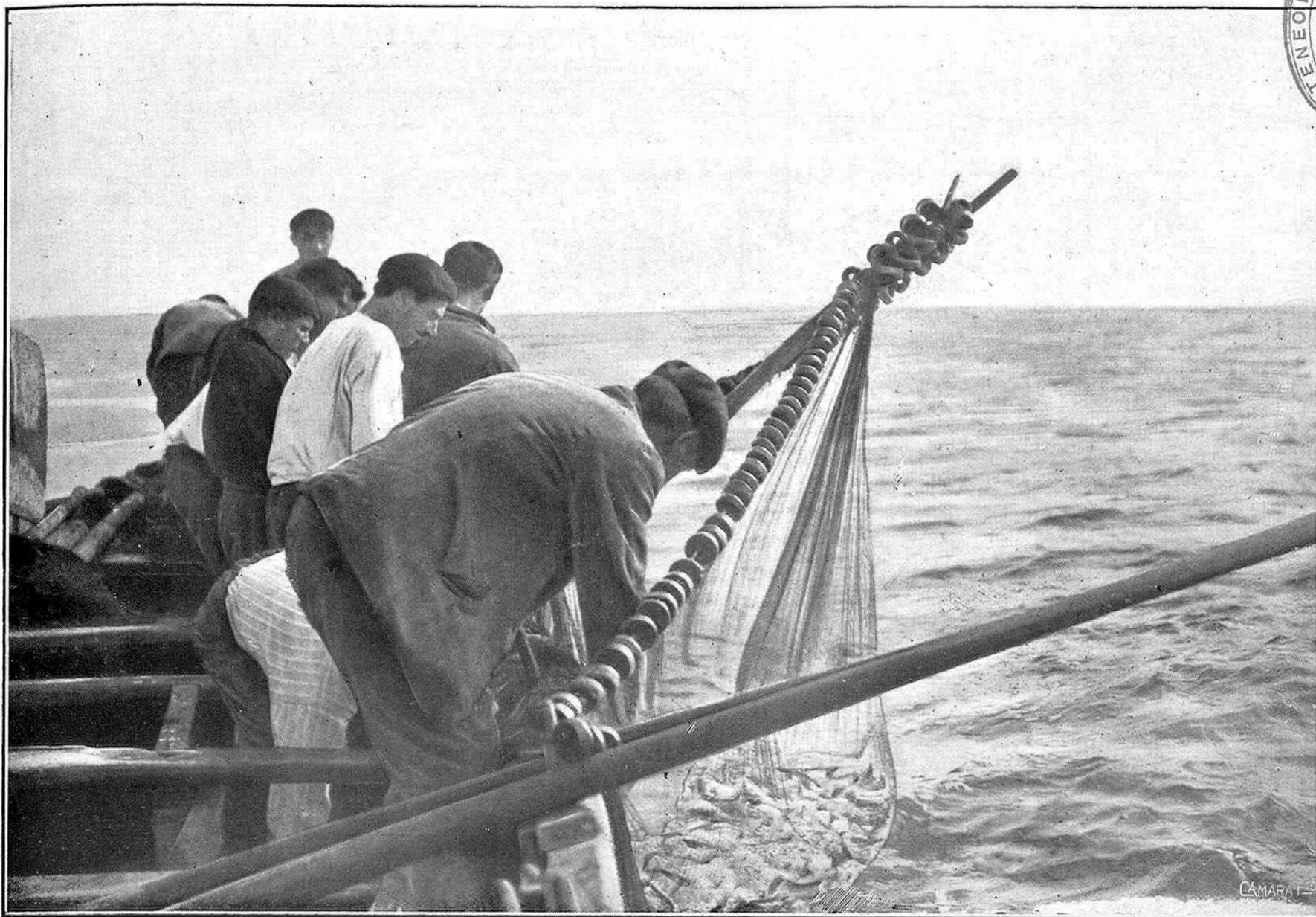
Cada hombre se coloca en su puesto y esperan la orden.



Componiendo las redes



Pescadores preparando las redes para la pesca de la sardina



Momento de subir la red á la barca

El Sr. Paulino, de pie en la popa, ha echado la guía. Esta es un corchito que, al ser arrastrado por la marea, marca su dirección.

—¡Nordeste!—dice.  
Los remeros hacen volar la lancha que va describiendo una circunferencia, cuyo centro es la guía. El gobierno se hace desde la proa con un remo.

La red va hundiéndose en el agua, los corchos que la sostienen flotan señalando la base del cilindro que forma, y dentro del cual ha quedado el pescado. El patrón no cesa de echar *raba* (hueva de pescado, á la cual acuden las sardinas). Abajo, las aguas tienen ese color azul, único que no se ve sino en el mar; parecen velos mágicos. Del fondo suben millones de lucecitas brillantes. Seméjase aquello á un cielo cuajado de luceros. Es la escama que suelta la sardina al rozarse con la red.

El cerco que formaba ésta va achicándose rápidamente. Un jovencuelo enrolla una parte de ella en un palo, cuyo extremo forma horquilla junto á la bolsa.

Yo estoy intrigadísimo como un chico que espera una sorpresa. Esta no se hace esperar. Por el costado donde van recogiendo la red, aparecen repentinamente miles y miles de pececillos que brillan con fulgores de acero herido por el sol y producen, al coletear, un ruido especial: *hierven*. Esta es la palabra que da idea de aquel ruido. Un marinero empuña la sereña, la hunde con la bolsa que ha formado la red y va arrojando el pescado en el fondo de la trainera.

El espectáculo es encantador.  
La operación se repite dos veces más, y en vista de que allí no abunda la pesca, nos vamos unas millas más adentro. Allí vuelven á echar la red, y al notar que se hace tarde, el patrón ordena el regreso.

Durante él se lamenta de no haber encontrado la *manjúa*, el banco de

sardinas que viene siempre acompañado del delphin. Refiéreme lo entretenido que es ver á los delphin perseguir al pescado, dar saltos enormes. Fuera del agua coletea furioso y rebulle alrededor de la red cuando ya está en ella la sardina. Hacía pocos días que habían hallado la *manjúa*; en la primera redada sacaron 200.000 sardinas.

Rápidamente nos acercamos al puerto. El patrón ha mandado forzar la marcha, y á la vez ha señalado la presencia de otros vapores que, remolcando traineras, nos van á dar alcance.

—Hay que llegar pronto—me dice—, porque cuanto antes se llega más precio alcanza el pescado. Los que logran estar en Puerto Chico antes de las siete de la mañana, venden el millar de sardinas á 10 y hasta 11 pesetas. Según va transcurriendo el tiempo, el precio baja, y los que llegan á las doce ó después, tienen que venderlas á 5 pesetas el millar, sino se ven obligados á tirar el pescado por falta de compradores,

sobre todo ahora que las fábricas de salazón y conservas de pescado se hallan cerradas.

—No parece muy productivo este trabajo.  
—Ya ve usted los gastos que tengo y la gente que llevo: 14 hombres. Puede calcularse que de un producto de 100 pesetas, venimos á salir á 5 cada uno. Yo cobro el remolque y el aparejo, pero tengo que dejar el 10 por 100 para la Sociedad de Pescadores, otro tanto para la venta, 10 pesetas para cebo; en fin, que no es para comprar un yate ni mucho menos. Y llegan los días de invierno en que es imposible salir á la mar, y estos infelices se morirían de hambre... y yo también, si no fuese por el socorro que da la Sociedad. Este invierno hemos repartido más de 100.000 pesetas de donativos. Yo soy vicepresidente de ella... Los industriales, las personas adineradas de Santander, nos hacen préstamos en buenas condiciones, y después nosotros, con ese 10 por 100 de la venta que dejamos, vamos devolviendo las cantidades prestadas. Llegamos al puerto; en los muelles una multitud de mujeres aguarda la llegada de las lanchas.

Regreso á casa preocupado con lo que he visto é imaginando cómo serán otros días, aquellos en que la mar azota con furia. ¿Qué será de esos hombres luchando contra la *fiera* en aquellas cáscaras, no ya de nuez, pero ni aun de piñón?

Estos amigos míos de un día irán todas las mañanas á jugarse la vida. Irán tranquilos, serenos, como han ido tantos otros con los que un rato comparte el peligro y á los que un día la muerte, ante la que pasaban indiferentes, echó sus garras. Sin embargo, de casi todos ellos ha quedado su nombre escrito en la Historia. De estos infelices no quedará ni el recuerdo. La ola que los llevó borra, al pasar, su figura y su nombre.



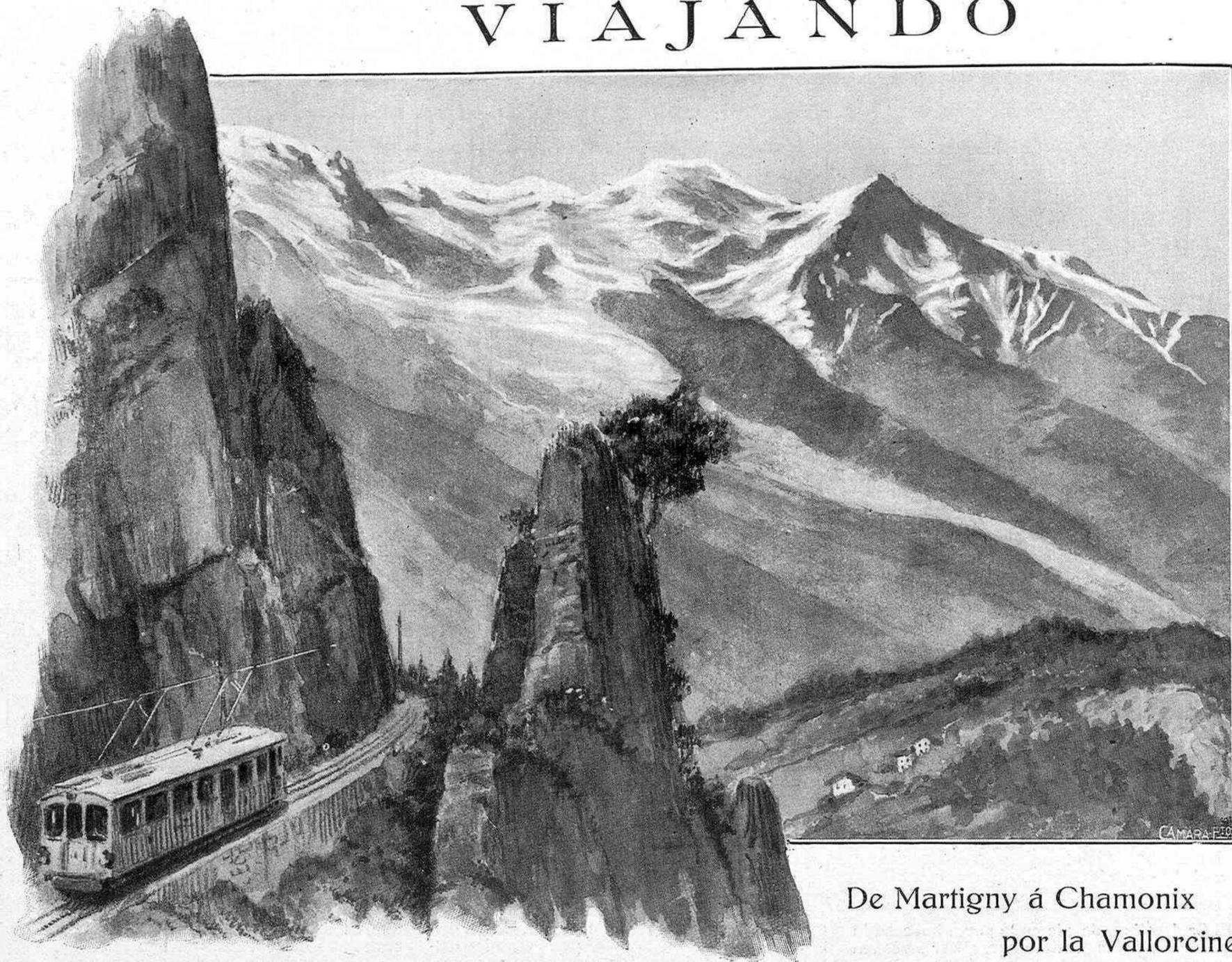
Venta del pescado en Puerto Chico

FOTS. ALONSO

Santander.

L. ALONSO

# VIAJANDO



## De Martigny á Chamonix por la Vallorcine.

Aunque con finalidad distinta, son los dos países que en lucha constante con la naturaleza han concluido por dominarla: Holanda y Suiza. Holanda ha vencido al mar con sus diques, con sus canales, con sus esclusas, robándole miles y miles de kilómetros para crear esas inmensas praderías verdes que sirven de alfombra á Utrecht, á Dortraff. Suiza ha sojuzgado á la montaña con sus viaductos, con sus túneles, con sus cremalleras, burlándose de los tajos más hondos y de los picos más inaccesibles, encaramando railes y más railes, hasta el Pilatus, hasta Eismser. Holanda es un gran molino, Suiza un alto funicular. Todo el paisaje de Holanda lo llenan unas aspas, todo el de Suiza una locomotora de cordillera.

Para pasar de Suiza á Saboya, ofrecíanse pocos años ha y aún se aprovechan sus desfiladeros imponentes y salvajes, dos rutas grandiosas: la de la Tete Noir y la del Col de Balmes. Recientemente se ha abierto un trayecto de línea férrea entre Martigny y Chamonix, por la Vallorcine y Argentiérs, el que recorre un tranvía eléctrico de lo más atrevido, que trepa por las helvéticas vertientes. En su origen, descubriendo desde la ventanilla del vagón el tranquilo valle, con sus viñedos y sus maizales bañados por el Drance, deslizándose al pie del viejo castillo del Batiáz, nadie es capaz de imaginarse que el enorme vagón vaya á escalar la montaña. Se cruza un puente que salva el río Trient, surge á un lado la boca de unas gargantas rasgadísimas, y cuando el turista se da cuenta de que sube, atisba de pronto á sus pies el caserío rojo y blanco de Salvan, empequeñecido por la altura.

Sólo viéndose puede formarse idea de la empresa que el vagón acomete, y de los panoramas que desde su balcón errante se descubren. Nada le arredra. Tan pronto salta sobre torrenteras como se mete por túneles, como bordea tajos enormes á la misma orilla de taludes de fábrica.

Por donde quiera surgen empingorotados los grandes hoteles blancos, reveladores de esos veraneos de ardilla de los climas de altura y los pueblecillos de tejados agudos, defendidos en hoyadas y cuetos. Así pasan los Marecottes, así pasa Tretient, así pasa Finhaut, así se suceden las vertientes de pinos, los planos de rocas, los valles, las gargantas. Todas las estaciones son de madera y ladrillo, con cresterías, pequeñas, tranquilas, silenciosas, sonrientes. En Châtelard se detiene el tren sus buenos veinte minutos; es la frontera de Saboya y es preciso cambiar al eléctrico francés. Hay allí en el mismo andén mesitas enmanteladas, camareros de cazadora de hilo; da tiempo de tomar una cerveza al aire libre, oyendo el mugir de un río que se despeña próximo. La vía pronuncia cada vez más su inclinación, se hace más áspera la subida, se alcanzan los 1.450 metros de altitud. Por Argentiérs la vegetación disminuye, los árboles son casi todos abetos, empiezan á limitar el horizonte elevadísimas agujas de hielo, se avanza por la región de los ventisqueros, el mismo coche se desliza por una sábana de nieve. Se tiene á la vista el Mont Blanc. Y comienza el descenso hasta Chamonix.

La casualidad me ha deparado el contemplar este paisaje en medio de un temporal deshecho, formidable en tales alturas. Enormes mangas de agua le envolvían en cerrazones sucesivas que le desvanecían y le mostraban de repente. Era el efecto de verle por una ventana que se cerrara y se abriera bruscamente. Todo chorreaba: casas, árboles, rocas, estaciones, y desde todos los hoteles los turistas nos atisbaban con las narices pegadas á los cristales.

### EL MAR DE HIELO DE CHAMONIX

¡El sol de mi Austerlitz! Al fin se digna aparecer convirtiendo las crestas del Mont Blanc en

un gran nimbo de custodia de plata. Un día más y tomo el portante para Ginebra. Es preciso pasarse horas y horas en un embudo como el de Chamonix, refugiado tras de las cristaleras del café de la Terrasse, sobre el Arve, de color de café, ó en el hall del Casino, viendo llover, entre los inmensos hoteles empapados y mudos, sin encontrarse en el lodazal de las calles, azotadas por la ventisca, más que cargadores y camareros encapuchados de hule, como penitentes de cofradía, es preciso contemplar alrededor del pueblo los muros de las vertientes de pinos, coronados de una nieve pálida, tan sombríos por la mojadura, que hacen pensar en los tapices negros de una capilla ardiente, para conocer el peso específico del tedio.

¡Bien haya el padre sol! Merece el saludo clásico.

Gracias á él no resulta ya el valle la espe lunca de anacoreta de San Jerónimo. Chamonix no es propiamente un pueblo, es una aglomeración de dos docenas de tiendas de postales, otras dos de cafés y un centenar de hoteles fanlasterios, agrupados alrededor de tres callecitas y un río.

Aquí se vive exclusivamente del Mont Blanc. Cuando el gigante se cala el gorro y rompe á llover, no queda otro recurso que marcharse, si es posible, ó meterse en la cama, si no lo es. Si cupiera entonces fusilarle, los dos mil quinientos vecinos de Chamonix saldrían á pasarle por las armas.

Hoy ha amanecido el cielo terso y todos los caracoles se lanzan á desentumecerse. Donde quiera se cruzan de unos á otros albergues las criaditas de delantal de peto y los camareros de frac, cambiando frases y risas. Por la avenida de la Gare van ó vienen en busca de turistas los porteros de fonda, de gorra galoneada y los encargados de equipaje con sus carritos de mano. En la plaza pululan revueltos los

guías atezados y fornidos, de polainas, con sus cuerdas al hombro, fumándose sus pipas y los pacientes mulos, dormitando derechos, con los ojos cerrados, que sólo abren cuando oyen hablar en inglés.

Y allá van en bandadas al escritorio del guía jefe ó al de informaciones, los imperturbables y cachazudos britanos, hombres, mujeres y niños, correctos siempre, más con algo de cara de vinagre, como si se aprestaran á reclamar á su cónsul por haber llovido los dos días anteriores.

El valle entero se regocija con una alegría pascual bajo el cielo azul.

Es domingo. Hasta las campanitas de la iglesia católica, tocando á misa, contribuyen al júbilo.

¡Buen día para irse á estrellar en la aguja de Grépon, una de las excursiones más peligrosas de Chamonix!

No faltará algún inglés, reñido con sus libras esterlinas, que lo intente.

¡Ese diablo de Balmat que desde su monumento señala las cimas al Dr. Laussure, tiene la culpa!

Por los caminos que parten del pueblo comienzan á alejarse las partidas de excursionistas, unos á pie, morral á la espalda, bastón ferrado en mano; otros montados en mulos. Van á la Flégère, á los Bussoons... La inmensa mayoría

del público se agolpa en la estación del funicular de Montanvert para remontarse á la Mer de Glace.

Es una hora de subida, con una inclinación máxima de un 22 por 100, viendo empuñarse el valle y agigantarse las crestas del Mont Blanc, viendo á cada revuelta girar abajo, en fantástico corro, los hoteles que espolvorean la llanura de Chamonix. Al cabo, ofuscando al herirlo el sol, deslumbrante, surge el Mar de Hielo.

Es una nota imponente, de originalidad suprema. Haciendo honor á su nombre, la primera impresión que produce es glacial. Ocúrrese que así sería el aspecto de la tierra si llegara á enfriarse definitivamente. Ante el atónito turista surge un laberinto de conos plutónicos, cubiertos en sus simas, de nieve, que forman como una cañada de rocas. Por el arrecife diríase que debió precipitarse un brazo de mar—esta es la ilusión—que fué congelado súbitamente. Es algo que vivió, sorprendido y agarrotado; algo que escapaba á una catástrofe y que no tuvo tiempo de huir; como que resta una mueca humana de agonía petrificada. Se piensa en la fuga de Niobe.

El lecho se ofrece erizado de puntas, como de olas muertas. Las cuencas de los volcanes que se apagan, dan una idea de convulsiones gigantescas, de combate. El Mar de Hielo la da

de supremo espanto sin lucha, de sobrecogimiento repentino, de como si hubiera perecido en un síncope.

El espíritu se contrae anonadado ante la trágica grandeza, y abrumado por la absoluta soledad, por el profundo silencio, vuélvese uno á buscar anhelante, con la vista, el próximo hotel de Montanvert.

Pero el hombre, el insecto, se burla del monstruo. Puede cruzarse el Mar de Hielo, descender por el otro lado.

Hay un sitio á propósito para atravesarlo: un sendero. La bajada opuesta se realiza por terreno pedregoso, sin peligro, aun en un sitio áspero denominado el Mal paso. Una barandilla de hierro evita la caída. Todo esto se halla tarifado.

Hasta surgen kioscos de bebidas ó *restaurants* en algunos puntos. Y en medio de la emoción religiosa que os despierta la majestad eterna de la naturaleza inmutable, brota esa última sensación de frío en el espíritu, de un guía que por ocho francos os brinda con un par de zapatos de suela claveteada y os conduce á la acera de enfrente, mientras os nombra con su charla profesional los dientes del Mont Blanc.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

DIBUJOS DE PEDRERO



NUESTRAS VISITAS

## DIONISIO PÉREZ

HARÁ de esto tres años. Al entrar aquella mañana en la redacción me encontré sorprendido con que en mi misma mesa se había instalado un caballero y escribía cuartillas, con una mágica destreza que no guardaba armonía con su tipo absurdo y estafalario. Yo le observé unos momentos. Era la negación de la elegancia, y de la línea. Más bien pequeño, achaparrado y ventruado... De entre sus recios hombros salía su cabeza de faz abotargada y sanguinea; apenas tenía cuello. Sobre la nariz pequeña y carnosa temblaban unas gruesas gafas de oro. Un bigote recio y descuidado cortaba su rostro de apoplético. Llevaba un traje azul, cuya americana se abría en dos grandes arrugas para dar paso al enorme torax... La pechera de la camisa blanca y almidonada, también quería escaparse por el cuello del chaleco, y el mal hecho lazo de la corbata roja estaba encogido y fuera de su sitio. En su cabeza, pelada al rape, cabalgaba un hongo que en aquel momento estaba caído hacia atrás y ladeado sobre una oreja.

Después de este breve examen, yo me acerqué a mi mesa y, para llamar la atención del caballero intruso, sobre que aquel era mi sitio, me puse a toser... Él alzó la vista de las cuartillas, me miró con sus ojos un poco extrañados, y con la más absoluta indiferencia dió unas cuantas chupadas al cigarro puro que colgaba de sus labios gruesos y continuó escribiendo... Después, para suavizar, echó la ceniza del cigarro sobre la cartera, que para él escribir con comodidad, la había apartado a un lado. Yo me sentí ofendido, más que por nada, por el aspecto del individuo... No era costumbre en nuestra redacción estar con el sombrero puesto; tampoco era costumbre allanar las mesas de una manera tan decidida, ni echar la ceniza de los cigarrillos sobre las carteras; y menos aún no cambiar saludos y palabras... ¿Quién era, pues, aquel hombre arisco, que de tal manera procedía?... Con la mirada consulté a los compañeros. Todos participaban de mi indignación... Por no pegarme con él, abandoné la redacción ciego de ira y entré en el despacho del Director...

—Director, ¿quiere usted decirme quién es ese individuo tan antipático que se ha apoderado de mi mesa?...

El Director, que es un hombre frío, rió benévolo. Seguramente esperaba la explosión.

—Ese es Dionisio Pérez.



DIONISIO PÉREZ

—¡Dionisio Pérez!—murmuré yo lamentando toda la admiración que antes de conocerle sentía por él—¡Parece mentira!... Pues ese hombre no debía salir a la calle.

—¿Por qué?...

—Por que es un tipo indignante.

—No lo crea... Eso es a primera vista... Cuando pase algún tiempo y le conozca usted a fondo esa antipatía se trocará en simpatía... Dionisio es un hombre encantador...

Yo creí disparatada la profecía, pero... No hablamos más del asunto. Para mis adentros yo pensaba que aquel hombre hinchado y rudo, que parecía un corredor de vinos andaluces, acabaría con mi tranquilidad y con mi paciencia... Lo mismo pensaban todos los compañeros que le habían hecho el vacío a Dionisio... Poco le importaba esto a él... Todos los días a las once se presentaba en la redacción con su sombrero calado, su cigarro puro entre los labios y su tripa insultante... En el primer sitio que encontraba libre tomaba asiento y... a llenar cuartillas... Un día Dionisio discutió allí sobre algo... Se levantó de la mesa y con el sombrero caído hacia un lado y los brazos en alto, comenzó a grandes voces, una disertación sobre la materia que se

esta calle es el de Dionisio Pérez. Allí, en su despacho, fortificados por la blanda caricia de la chimenea y entre sorbo y sorbo de aromático vino de manzanilla, celebramos nuestra conversación.

—No me explico cómo se las va usted a arreglar para darle a mi figura interés—comenzó diciéndome Dionisio con una franca modestia que nos cautiva.

—De la misma manera que me he arreglado para dárselo a otros...

—Es que usted ha hecho con preferencia figuras de literatos y yo sólo soy, ante todo y sobre todo, periodista, aunque merodeo en los alrededores de la literatura.

Tomé buena nota de esta sincera observación y le pregunté:

—¿Usted es andaluz?...

—Soy del Puerto de Santa María, que es el pedazo de mundo que quiero tanto como a mis hijos.

—¿Allí empezó usted a escribir?...

—Debuté en los periódicos de Cádiz. A los dieciocho años fundé en mi pueblo un periódico que existe todavía con vida próspera, titulado *Revista Portuense*. Esto era el año 90. Yo no

discutía. Sus argumentos eran de una lógica aplastante y su palabra recia y tonante respondía a una imaginación agilísima. Además la silueta absurda de aquel hombre, en el curso de la discusión, se iba transfigurando y resultaba simpática, varonil y hasta gallarda. Esto se repitió varias veces, y al cabo del tiempo Dionisio Pérez había cautivado nuestras almas. Sentíamos por él esa llamada admiración que se siente por el maestro... El, siempre que hablaba, nos enseñaba algo. Y su cultura es tan asombrosa, tan diversa y tan sólida, que abarca todas las materias... Habrá muy pocos libros que Dionisio no conozca, y que no estén catalogados en su portentosa imaginación. Escribiendo es maravilloso... La pluma corre sobre las cuartillas sin un tropiezo, sin una indecisión. La prosa, tan díscola para muchos cerebros, para el suyo es una hembra, sabiamente acariciada, que se rinde sin oponer dificultad ninguna...

Por todas estas cosas, esta tarde de sol maravilloso, vamos a dedicársela a este notable maestro...

Un tranvía de las Ventas nos dejó a Dionisio, a Campúa y a mí en una calle de Madrid Moderno... Uno de los coquetones hotelitos que se levantan en

CÁMARAS



tenía aspiraciones literarias; me encontraba muy á gusto en la vida plácida de mi pueblo y jamás hubiese venido á Madrid; pero á consecuencia de las elecciones de Peral, al cual defendí desesperadamente, se me echaron encima nueve procesos por injuria y calumnia al ministro de Marina y esto me obligó á abandonar el Puerto y á plantarme en medio de la Puerta del Sol... Yo en Madrid no conocía á nada más que á Mazzantini, por el cual sentía y siento un cariño filial... Con mi obsesión de ser periodista aprendí en seguida dónde estaban las redacciones, sin ocuparme jamás de buscar destinos oficiales ni de nada. Primero entré en *El Correo*; más tarde pasé á *La Iberia* á sustituir á Feliú y Codina. ¡Lo que yo trabajé entonces!... Recuerdo que al mismo tiempo que en *La Iberia* estaba en la Agencia Mencheta y en *El País*, que por cierto nos procesaron á toda la redacción y estuve en la cárcel cuarenta y cinco días...

—¿Usted tenía una gran amistad con D. José Canalejas?...

—Tal vez fuese uno de sus mejores amigos... ¡Qué hombre tan maravilloso era!... No ha habido nadie que pueda compararse con él... Yo, debido á unos artículos de *El País*, estaba un poco distanciado de él. Un día fué á verme Pepe Herreros y me dijo que Canalejas quería hablarme... Volvimos á ser amigos... Canalejas dirigía entonces el *Heraldo* y yo estuve haciendo durante varios meses el artículo de fondo sin que nadie supiera quién lo hacía... Yo iba por las mañanas á casa de Canalejas, hablaba con él, me daba la orientación y de allí salía el artículo... Todos han ignorado hasta este momento esta labor de mi vida... Haciendo esto estuve hasta que me encargué de *Vida Nueva*; allí comencé á firmar por necesidad. En los periódicos diarios donde he estado siempre he sido refractario á firmar. De *Vida Nueva* pasé al *Diario Universal*.

—¿Allí tuvo usted un desafío con Manolo Bueno?...

—Eso tiene mucha gracia. Verá usted. Cuando entró Montero Ríos en el poder, hubo un revuelo entre los intelectuales, que protestaron enérgicamente... Al frente de la protesta estaban Valle Inclán, Manolo Bueno y otros. Con motivo de esto, un redactor del *Diario Universal*, muy simpático por cierto, hizo un artículo en contra de Manolo Bueno... Yo era en absoluto ajeno á esto, y ni ví el artículo antes de ir á las cajas. Bueno, pues aquella misma noche el redactor aludido se encontró á Manolo Bueno en la Carrera de San Jerónimo, y le dijo: «¡Ya verás qué artículo ha escrito Dionisio contra tí!...» A poco se encuentra Manolo Bueno conmigo, en el momento que yo pasaba por frente al Lyon d'Or, acompañado por Melquiades Alvarez, Troyano, Perojo y Millán Astray, se me viene encima con el bastón en alto y sacude dos ó tres estacazos, que por cierto los recibí en el brazo Millán Astray. Yo quedé sorprendido... No sabía el motivo de la agresión... Además, Manolo Bueno era uno de los amigos á quien yo más quería entonces, y he seguido queriendo luego. Se celebró el desafío... Por un artículo que yo no había escrito, publicado en un periódico del cual yo no era director, y



Dionisio Pérez, en la terraza de su hotel, rodeado de su mujer y de sus hijos

contra un adversario de mi mejor amistad. ¡Cosa más absurda no la hay!... Y la única recompensa que yo obtuve de aquel desafío, fué una carta del conde de Romanones, que decía: «Querido Dionisio: Enhorabuena. Usted contará siempre conmigo.»

—¿Y del *Diario Universal*?...

—Me llevó Ortega Munilla á *El Imparcial* en sustitución de Troyano... Allí presenté mi dimisión por unos artículos que se hicieron en contra de Canalejas, siendo yo diputado por el Puerto, y mi labor en los periódicos de «Prensa Gráfica» todo el mundo la conoce. Eso es todo.

—¿Qué vida hace usted?—indagué.

—Una vida un poco extraña. Paso los días

acta por otro distrito; pero como yo no tengo interés en volver á ser diputado y si sólo en representar á mi pueblo, he rechazado la oferta, y en las próximas elecciones lucharé por el Puerto de Santa María.

—¿Madruga usted mucho, Dionisio?

—Me levanto en todo tiempo á las tres y media ó á las cuatro de la madrugada, y me pongo á escribir.

—¿Cuántos artículos escribe usted al mes?

—Unos cincuenta, por lo menos.

—¿Siempre escribe usted por la mañana?...

—¡Siempre! A las ocho ya he escrito mis artículos... Voy á nuestra «Prensa Gráfica», doy unas cuantas voces; vuelvo á casa, como y á leer. Me leo, por lo menos, un libro diario.

Hizo una pausa.

—Mire usted, mi amigo; para mí esta vida está llena de satisfacciones; raro es el día que no recibo cartas de mis lectores que comentan mis artículos; los días que llegan correos de América vienen estas cartas por docenas y me alienta y conforta ver la eficacia de mi labor.

—¿Cuántos libros tiene usted publicados?...

—Ni lo sé; ni conservo un ejemplar... Creo que serán nueve ó diez... Ya le he dicho á usted que soy exclusivamente periodista, y que lo único que cultivo con amor es el artículo... Creo que es lo que más llega al público. La novela y el cuento me parecen para inteligencias refinadas. Y creo que el porvenir de España está en la Prensa, á condición de que ésta se coloque por encima de la política... Sobre literatura opino que estamos en un momento interesantísimo: en un renacimiento, como jamás lo hubo en España... Nuestra novela en estos últimos años es una cosa asombrosa... Tengo la convicción de que en literatura, en arte y en periodismo, estamos muy por encima de Francia...

Hubo una pausa. Después, yo le dije á Dionisio:

—¿Se acuerda usted, Dionisio, cuando nos conocimos?... ¡Cuidado que me era usted antipático!...

El ris.

—Lo mismo le pasa á todo el mundo conmigo, mi amigo... Hasta en los sitios donde voy á dejar dinero por primera vez, están deseando que me vaya, y es que un hombre tan gordo y con gafas, molesta...



Dionisio Pérez, con su ahijado Dionisio

FOTS. CAMPÚA

EL CABALLERO AUDAZ



## EL PEREGRINO CIEGO

Delábase el paisaje. El Sol, desfallecía  
hundiéndose entre rosas de púrpura y de fuego.  
Sonó tranquilo el Angelus. Allá, en la lejanía,  
surgió la gris silueta del peregrino ciego.

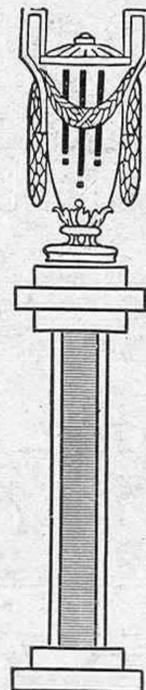
¡Oh, el Nómada sombrío de las pupilas muertas,  
que, con la diestra mano tendida hacia la altura,  
arrastraba silente, por las sendas desiertas,  
la tristeza infinita de su eterna negrura!

Cuando en los plenilunios se encantaba el camino,  
—¡Oh, las Noches azules de paz!—y el peregrino  
en cuifa, hacía un alto en su gran caminata,

bajo el lírico beso lunar, se le creyera  
un fugitivo príncipe de un país de Quimera,  
envuelto en amplio manto de luceros de plata.

Era flaco, huesudo. Su cara dolorida,  
decía de combates sin tregua con la Suerte,  
y al verle ciego y solo, se temía a la Vida,  
y al verle viejo y triste, se pensaba en la Muerte.

No entraba en los poblados jamás. Almas ruines,  
reían de su eterno vagar; algunas, cuando  
veíanle, azuzaban contra él los mastines;  
pero las hocas bestias, escapaban aullando.



A veces en sus labios, florecía la rosa  
fragante, de una tímida sonrisa luminosa  
que inundábale el rostro de vivo resplandor.

¿Qué pensaba el romero de las cuencas vacías?  
¿Qué alegrías ignotas, eran sus alegrías?  
¿Qué florestas formaban su jardín interior?



Delábase el paisaje. El Sol, desfallecía  
hundiéndose entre rosas de púrpura y de fuego.  
Sonó tranquilo el Angelus. Allá, en la lejanía,  
surgió la gris silueta del peregrino ciego.

Caminaba despacio, muy despacio. Un instante  
vaciló cual si á un peso se rindiera su alma;  
después, pausado siempre, siguió su marcha errante  
y se perdió en las brumas del Infinito en calma.

Y cuando la belleza del Sol rompió el encanto  
que tejieran las sombras de la Noche y un manto  
de luz cayó, magnífico, sobre el paisaje yerto,

unas mozas alegres de lejano poblado,  
al pasar por las sendas de un jardín olvidado,  
junto á un triunfo de rosas encontráronle muerto.

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

Ramón DÍAZ MIRETE

LA ESFERA

# LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



EFFECTO DE LUZ

Fot. Ruano Bolívar



REMBRANDT EN SU ESTUDIO, cuadro de L. P. Roux

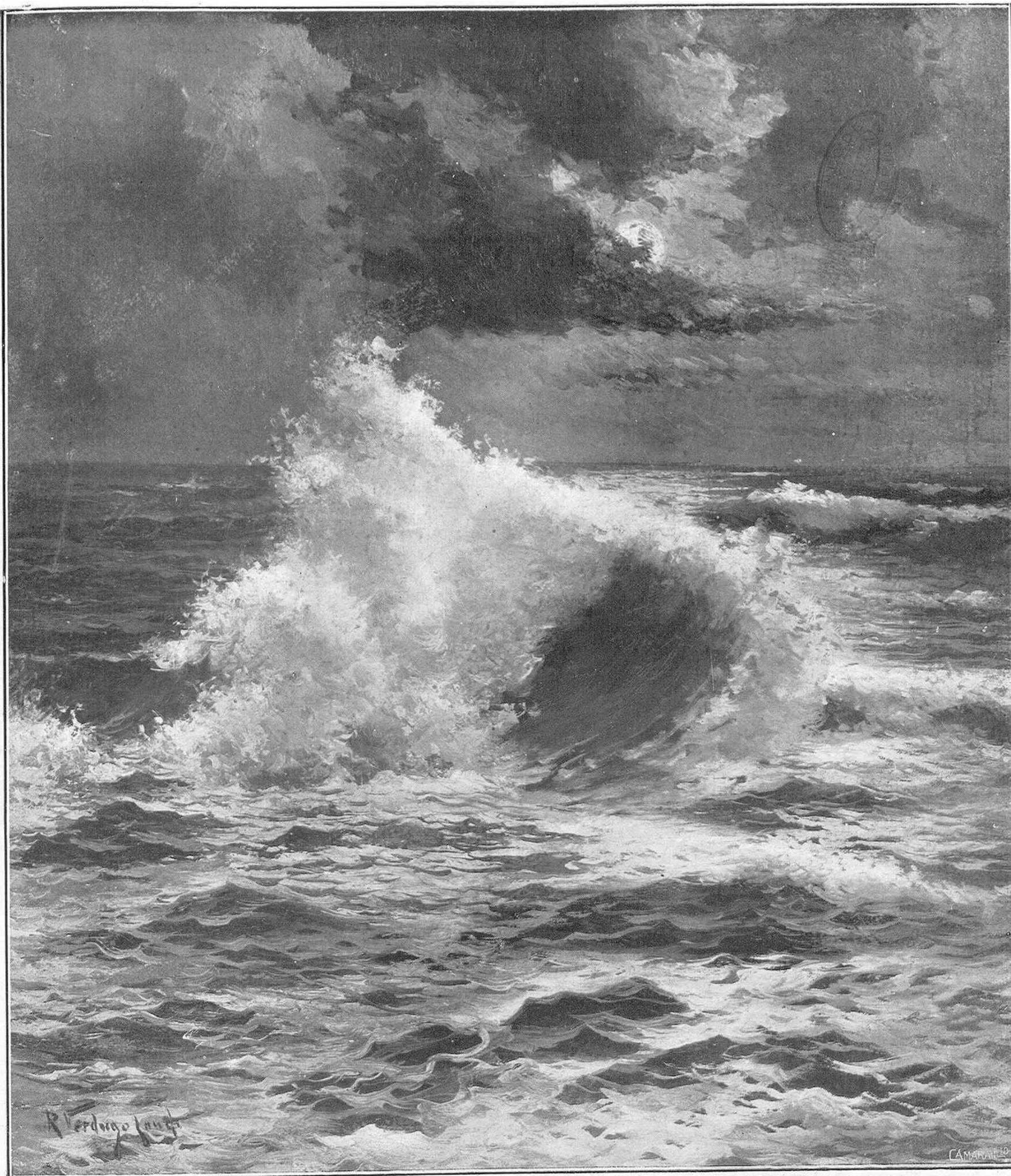
LA ESFERA

# ESPAÑA MONUMENTAL



PATIO DEL COLEGIO DE SAN GREGORIO, DE VALLADOLID

Fot. Hielscher



## En una vida antigua...

En una vida antigua fui yo un bravo pirata,  
con un blanco alquicel y un alfanje de plata  
y ondeaba en el palo mayor de mi galera  
un estandarte negro con una calavera.

Yo era el emperador del claro mar latino;  
siempre incendió mi carne una gran sed de amar  
y viví como un rey cruel y semi-divino  
entre los dos abismos del amor y del mar.

Yo asalté con mis gentes los Palacios de Pisa;  
una noche en Florencia, besé de Monna Lisa  
la enigmática flor, y sentí la tristeza  
—¡para toda mi vida!—del mal de la belleza.

Me burlé de los príncipes altivos de la tierra,  
con Dios y con los hombres estuve siempre en guerra;  
fui feliz asaltando, con mis piratas moros  
los galeones de Indias, cargados de tesoros.

Fui poeta, dejé de mi vida el secreto  
en el cofre de sándalo de un fragante soneto;  
fui amante de una reina y cincelé mi historia  
con un beso de amor y un penacho de gloria.

Por fin, la Descarnada, vino á buscarme un día,  
se nubló el lumínar de mi buena fortuna,  
el mar cantó mi Requiem, y fué la tumba mía  
una ola inmensa que obscureció la luna.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EMILIO CARRÉRE

# UN POETA INGLÉS

HACE ya algún tiempo, leí en la prensa inglesa la noticia de que Rupert Brooke, un poeta muy mozo pero ya tan granado como los mejores líricos ingleses, había muerto, víctima de la guerra. La verdad es que yo no había oído jamás el nombre de este poeta, ni había leído cosa alguna escrita por él, ó si la había leído, no me acordaba. Algún tiempo después, ví en una revista norteamericana, *The Outlook*, un retrato de Rupert Brooke, acompañado de una breve nota biográfica y crítica y de un soneto suyo, intitulado «El Soldado», que hubo de impresionarme hondamente.

Luego llegó á mis manos una antología de la novísima poesía inglesa. El libro lleva este nombre: «Georgian Poetry, 1913-1915». No sé si sabrá el lector que en Inglaterra es norma añeja y permanente de la Historia literaria inscribir la dentro de la Historia política, agrupando á los escritores en reinados y aplicándoles un calificativo común, derivado del monarca que á la sazón reinase. Así se dice literatura y escritores isabelinos, de los que florecieron en tiempos de la reina Isabel, ó novela victoriana por el género novelesco cultivado durante la época de la reina Victoria. «Poesía Jorgista» quiere decir la nueva manera poética que se inicia en Inglaterra bajo el rey actual, Jorge V. La antología abarca solo un lapso de dos años, y de ellos ha sido de guerra un año y medio. ¡Curiosa emoción la que nos brinda este libro! El fragor de las armas y el estruendo del combate que de continuo nos atribulan en estos días negros, se aquieta y serena y en su vez levántase un acento tan puro y espiritual que no parece nacer de hombres en lucha sino de hombres en éxtasis, no de hombres á quienes la iracundia enfebrecer sino de héroes de leyenda piadosa á quienes mueve amor, que todo mueve.

Rupert Brooke figura en esta antología con varias composiciones, que bastan, en efecto, para acreditarle como un poeta de la casta y del estro de los mejores líricos ingleses. Y téngase en cuenta que la lírica inglesa es sin duda la más rica, la más sutil, la más profunda y la más arrebatada del mundo. No comen-tar hipérbole los panegiristas póstumos de Rupert Brooke.

He aquí lo que de él dice *The Outlook*: «El rostro de Rupert Brooke recuerda el de Keats, si bien el del poeta antiguo era más reposado en tanto el del poeta muerto en el Egeo la última primavera está tan colmado de entusiasmo que nos parece que va á salirse fuera de la página. Es un rostro lleno de hermosura y vibrante con una acción recóndita que se halla en suspenso, como reman-sada en emoción imaginativa. El verso de Brooke es también semejante al de Keats en intensidad y veneración de la Belleza; si bien en tanto Keats tiene la sencillez antigua junto con el espíritu romántico, en Brooke hay una temblorosa modernidad de sentimiento y una gracia peregrina para dar con la expresión objetiva de los sentimientos subjetivos. Keats y Brooke murieron en el esplendor primero de la mañana. Ambos participarán la fortuna de una juventud radiante é inmortal. Rupert Brooke era, desde su infancia, un poeta y un atleta además. Vivió lo más de su vida en estrecha intimidad con la naturaleza. Gustaba de pasear incansable á campo traviesa, y, como Byron, gozábase en nadar de noche. Estudió en King's College, Cambridge, donde formó un gran círculo de amigos y brilló como uno de los estudiantes más distinguidos. Alguien que por entonces le conoció dice que mirarle era como contemplar la juventud del mundo. Fué uno de los hombres más hermosos de su tiempo. Viajó por el continente americano, pero sintió muy pronto la necesidad de volver á su amada Inglaterra, el país en donde pueden vivir los hombres de corazón generoso. Apenas declarada la guerra comprendió toda la tremenda significación del acontecimien-

to y al punto entró á servir á su patria. Formó parte de la división naval enviada á Amberes; peleó en las trincheras, bajo la metralla alemana, é hizo con la expedición inglesa la famosa retirada nocturna, á través de ciudades y aldeas incendiadas, al tiempo que rebaños de paisanos fugitivos de sus hogares y campos natales. Más tarde partió con la primera expedición á los Dardanelos, y allí murió, el 23 de Abril de 1915, día de San Miguel y San Jorge. Lo enterraron, á la luz de la luna, en un monte de olivos en Scyros.—Esperaba morir, escribió Winston Churchill, deseaba morir por su amada Inglaterra, cuya belleza y magestad conocía muy bien. Avanzó hacia la muerte con serenidad perfecta, con absoluta convicción de la justicia de su patria, y el corazón desnudo de odio al enemigo.—El soneto titulado *El Soldado*, es la poesía más noble que se ha escrito durante esta guerra. Entre este breve poema y el llamado *Himno al Odio*, cuyo autor fué condecorado por el Emperador de Alemania, hay tanta distancia como del cielo al infierno. Murió de edad de veintinueve años. El poeta que escribió:

descenderemos con paso seguro  
y coronados de rosas, en el reino de las tinieblas,

conocía el secreto de la magia natural, que los dioses solamente inician en aquellos á quienes aman».

Una de las características de la poesía de Brooke es la fruición en todas las cosas de naturaleza, aun las más humildes, rozadas y feas, como paries, igualmente pulcras de la gran be-

lleza universal, ya que todas las cosas son anhelo ó conato del tipo hacia el arquetipo y expresiones sensibles del espíritu divino. Otra es la familiaridad serena con la muerte, en la cual no veía sino el tránsito del tipo al arquetipo, de la forma mudática é imperfecta á la Idea perfecta, ecuánime é incorruptible. Este ansia del más allá en donde cada cosa realiza su ideal y plenitud, y todas juntas se conciertan en unidad suprema, la expresa Brooke ora en tono grave y misterioso como en la composición llamada «Tierra Tahiti», ora con cierta ironía y tierna ingenuidad, como en el poema «Cielo», que traduzco fielmente á continuación:

Un pez, abarrotado el buche  
de moscas, en lo más ardiente  
del mes de Junio, perezoso  
brujuleando entre las aguas  
embebidas de sol, al mediodía,  
cavila en la ciencia profunda,  
luz y sombra, y en cada secreto  
de temor y esperanza p opios del alma-pez.  
Dice el pez: el mundo es arroyo  
y estanque. Pero ¿no ha de haber  
un Más allá? Esta vida ¿puede ser el Todo,  
pues si lo fuese ¡cuán desagradable!  
¿Qué duda cabe que algún Bien supremo  
se guarda para el agua y para el fango?  
Descubre la mirada reverente  
una Causa Final del mundo líquido.  
Aunque envuelta entre sombras,  
la Fe nos dice que el futuro  
no puede ser Enteramente Seco.  
¿El fango al fango y la muerte en acecho?  
Imposible.

La vida no se acaba con la muerte  
sino que existe Alguna Parte  
más allá del Espacio y del Tiempo,  
donde el agua es más húmeda  
y el limo es más limoso.  
Y allí—la Fe nos dice—está nadando Uno,  
que ya nadaba antes que existiesen los rios,  
inmenso, de alma y forma de pescado,  
omnipotente y escamoso y bueno.  
Bajo su Aleta todopoderosa  
los pececillos hallarán cobijo.  
¡Oh! Nunca el cebo esconderá el anzuelo  
—el pez dice—en aquel Eterno Arroyo,  
y habrá hierbajos ultramundanales,  
y fango, de hermosura celestial,  
y rollizas orugas abundantes,  
y gorgojos paradisiacos,  
y polillas y moscas inefables,  
y el gusano suculentísimo  
y en aquel Cielo apetecido,  
donde halla saciedad todo desco,  
no se conocerá más tierra,  
—dice el pez—.

Para terminar, ofrezco al lector la traducción del ya célebre y casi profético soneto de Rupert Brooke, *El Soldado*:

«Si yo muriese, pensad solo esto de mí:  
que allí donde me entierren habrá un rincón  
de tierra extranjera que será Inglaterra  
para siempre. Y allí, entre los fecundos terro-  
nes se esconderá una ceniza más fecunda  
aún. Una ceniza que Inglaterra engendrará,  
formó, despertó á la vida de conciencia, y á la  
cual dió, en un tiempo, flores para amar, ca-  
minos para recorrer, y un cuerpo que á ella

sola pertenece, ya  
que vivió de su aire  
y se refrigeró y cur-  
tió en los rios y con  
los soles maternos.  
Y pensad que este  
corazón, por la  
muerte purificado de  
toda maldad y con-  
vertido en un pulso  
de la mente eterna,  
hará brotar allí en  
donde yace los pen-  
samientos que In-  
glaterra le había da-  
do, el rumor y la vis-  
ta de sus campos,  
ensueños tan sose-  
gados como sus  
días, y risas, apren-  
didas de los ami-  
gos, y cordialidad,  
en pechos apacibles,  
bajo un cielo in-  
glés». Es verdad  
que de esta poesía  
al «Himno al odio»

hay tanta distancia como del cielo al infierno.  
RAMÓN PEREZ DE AYALA



RUPERTO BROOKE, notable poeta inglés  
DIBUJO DE GAMONAL

LO QUE FUÉ  
**SANIDAD PÚBLICA**

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

ATENEOS DE  
 BIBLIOTECA  
 MADRID

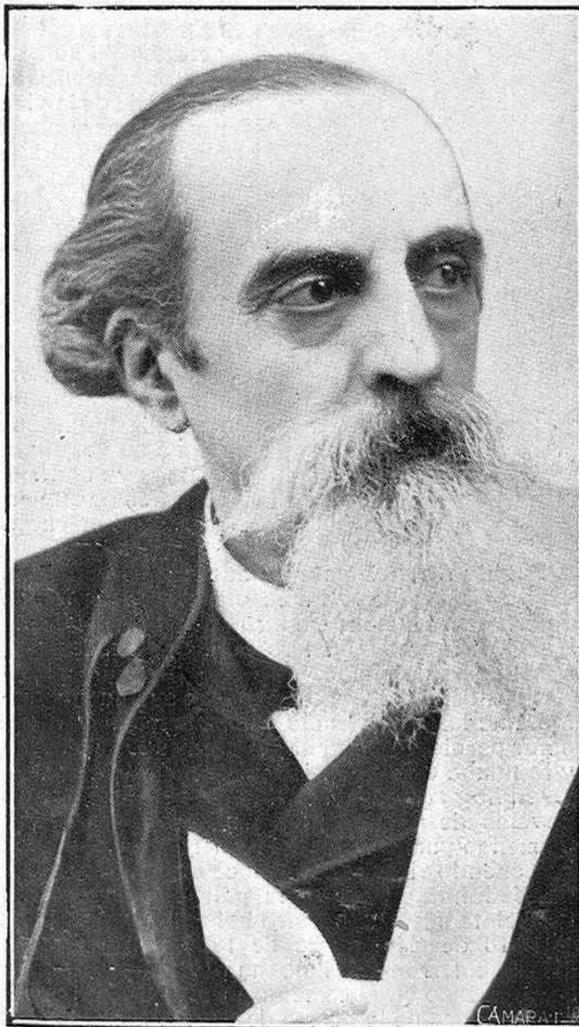
QUE verano aquel de 1884! Aún no son viejos algunos de los que lo soportaron y sin embargo sus incidentes parecen cosa de otras edades evocadas en la nuestra por cariño á lo tradicional. Fué entonces cuando se produjo en España la más espantosa de la anarquía sanitaria y á nombre de la defensa, contra las enfermedades, se resucitaron las tendencias crueles de la Edad Media.

El cólera morbo asiático que en aquella sazón arrasaba poblaciones tan importantes como Marsella, se entró en nuestro país por tierras de Alicante á donde llevaron el germen infeccioso los barcos que traficaban por los puertos del Mediterráneo.

Lo mismo fué aparecer el cólera en algunas poblaciones españolas que alzarse en casi todas ellas el más violento y egoísta espíritu defensivo que consistía en aislarse para que no dejando penetrar á nadie en las localidades limpias, nadie pudiese mancharlas con el agente productor de la terrible enfermedad.

Se creó el cordón sanitario, una iniquidad bárbara, si es que alguna puede no serlo, más terrible aún que la misma plaga que pretendía evitar. Se suscitaron escenas salvajes en muchos pueblos, y con todo ello no se pudo precaver el mal que, como era lógico, siguió la corriente de las aguas, invadiendo muchos lugares de España como se recordará en otras páginas de estas mismas crónicas.

La ciencia médica no pudo en aquella ocasión dominar los ímpetus fieros de la ignorancia, ni vencer las preocupaciones del vulgo. Por el contrario los doctos aparecieron ante los profanos dando un espectáculo realmente infeliz. El Doctor Letamendi, un maestro de la Facultad de Medicina poseía singulares condiciones. Era sabio de veras; un anatómico formidable y además un patólogo de primer orden que aspiraba á penetrar en los arcanos de las Ciencias naturales, llevando por guía á las Matemáticas. El Doctor Letamendi, además de anatómico y patólogo, mostrábase pensador originalísimo, literato y músico, un hombre en fin que no dejó rastro de su paso en fuerza de prodigar su gran talento,

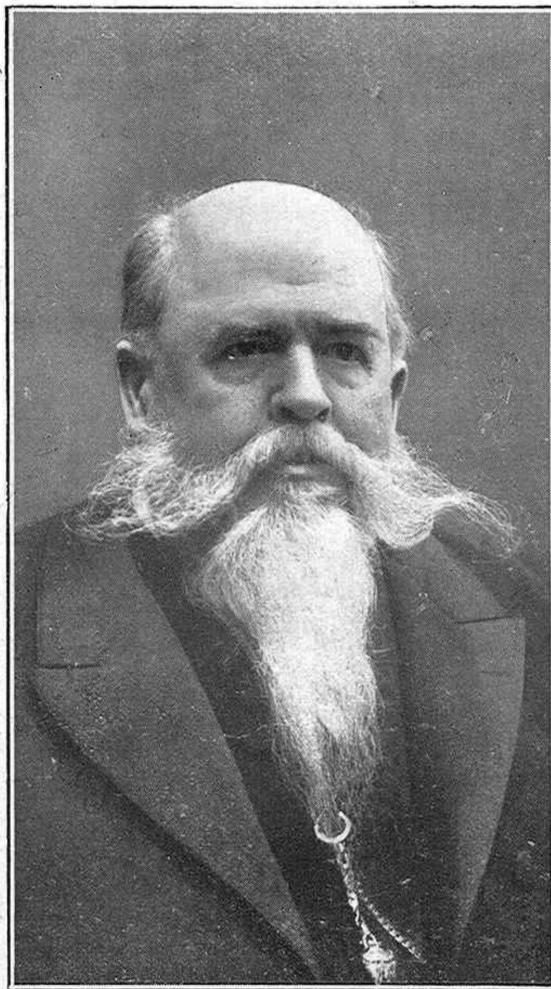


EL DOCTOR LETAMENDI

su esclarecido ingenio en cátedras y Ateneos sin dedicar ningún espacio á la detenida tarea de escribir libros.

Pues bien, este insigne doctor afirmó un día que el bacilo vírgula, el que engendra el cólera, no encontraba la muerte en el ácido fénico dictador de los desinfectantes por aquellos días y que por lo mismo de nada servían fumigaciones ni otros medios para contrarrestar la potencia destructora del agente mortífero.

Las aseveraciones del Doctor Letamendi fueron contradichas por otros médicos y se armó una gran polémica en los periódicos políticos, saliendo á relucir en ella agrias disputas entre las máyores autoridades de la Medicina nacional en tanto que el cólera seguía avanzando y



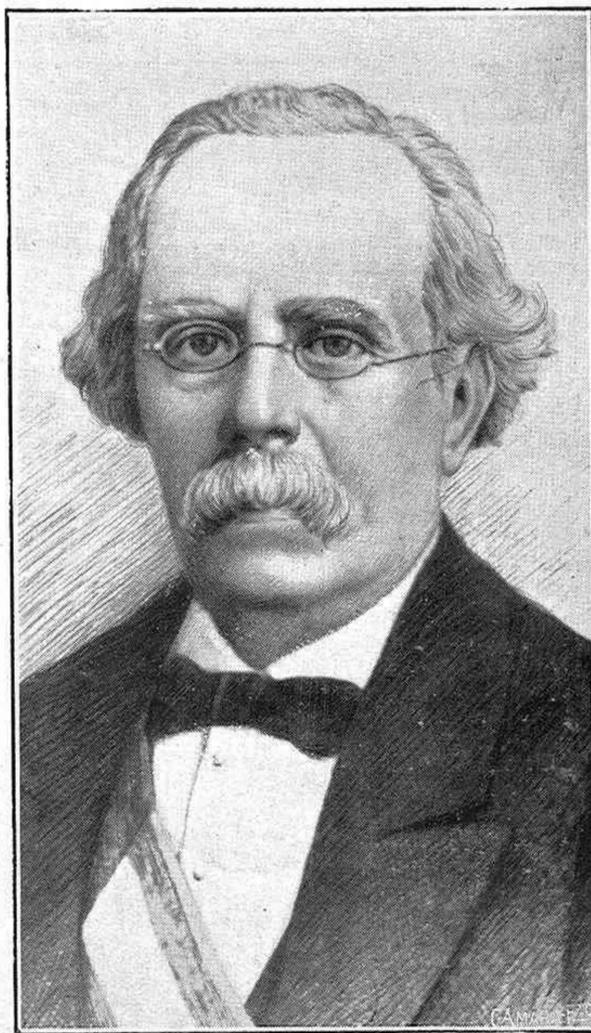
EL MAESTRO CABALLERO

en punto á medidas sanitarias nadie sabía á que atenerse y todo era confusión, miedo, desbordamiento de egoísmos y á veces tiros entre los moradores de unos pueblos contra los de otros.

En treinta y tantos años ¡como ha cambiado la organización social para el mantenimiento de la salud pública y defensa contra sus enemigos! ¡Como asombra hoy recordar lo que dijeron eminencias científicas que desaparecieron gozando de extraordinario prestigio y lo que se hizo frente á los estragos del cólera!

En aquel verano, y acaso por cuanto dieron que hablar los doctores apareció un *Diario Médico Farmacéutico*, que, como era natural, vivió poco. Un periódico diario de Medicina era demasiado periódico y eso que en el aludido colaboraron muchos escritores que todavía gozan de justo renombre y algunos, como Luís Comenge, que acaba de morir en Barcelona, y el Doctor Larra y Cerezo hace pocos años desaparecido del mundo, que fueron con razón gala de la literatura científica nacional.

También en el verano de 1884 desertó de la vida cargado de laureles García Gutiérrez, el glorioso poeta que con el *Trovador*, *Venganza Catalana* y *Doña Urraca de Castilla* parecía haber conquistado la inmortalidad y del que ya apenas se acuerdan ni siquiera los que hablan del Teatro poético. Por tal fecha murió un Príncipe de la Iglesia, el Cardenal Moreno, y un gran



GARCÍA GUTIÉRREZ

periodista, Quico Peris, que, de no haberse malogrado, habría desempeñado papel principalísimo en la política.

A propósito de periodistas, los Directores de los diarios de Madrid se reunieron entonces para acordar que no se publicaran noticias de suicidios en cumplimiento de una recomendación del congreso médico y en Europa tuvo resonancia la contienda científica mantenida por Pasteur y Koch, los dos grandes bacteriólogos, francés y alemán que honraron á sus patrias respectivas con trabajos que han sido fecundos para la humanidad entera.

De todas estas cosas hablamos mucho en Agosto y Septiembre de 1884, los concurrentes á un teatro que se llamaba de Recoletos y existía en la calle de Olózaga. En tal teatro se representó una revista titulada «Los bandos de Villafrita» que tuvo un éxito calurosamente bueno. El año entero estuvo representándose y ya de ella no queda ni rastro. Murieron sus autores Navarro Gonzalvo y el maestro Caballero, murieron casi todos sus intérpretes, y los que no murieron viven en el mayor olvido; Antonia García, una hermosa y saladísima tiple, Sigler, un barítono admirable, Salvador Videgain y otros cuyos nombres se repitieron mucho en los lejanos tiempos á que aludo y ya no suenan hoy nada.

Murieron del mismo modo los personajes satirizados ó aludidos en la obra; Castelar, Sagasta, Martos, Pidal, Romero Robledo, Ruiz Zorrilla; famosos hombres que producían entonces una verdadera explosión de pasiones.

¡Cuánto tiempo ha pasado desde aquellos días!

El mismo que tienen los billetes de 25 pesetas porque entonces aparecieron por primera vez y el mismo de la Necrópolis del Este porque se abrió al servicio público. Es lo único que perdura, el dinero, el poder del cual no cambia y el eterno y desconsolador imperio de la muerte.

Por la transcripción,  
 J. FRANCO RODRÍGUEZ



LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS  
LA CALLE DEL OLMO

Va desde la del Olivar á la de Santa Isabel. Su modesto nombre expresión es de la modestia de esta calle, silenciosa y recogida, apartada y solitaria. No se pierde su origen en las penumbras de la leyenda romántica, ni intervinieron en su denominación sucesos heroicos y fantásticos.

Un sencillo árbol, situado en medio de la mencionada calle, dióle nombre. Y la costumbre sancionó el calificativo que arranca de los tiempos del bueno y admirado rey Carlos I.

ooo

En aquellos días, eran los lugares inmediatos huertas que circundaban en parte á la villa y corte, con la apacible frontera de su exuberante flora.

Por sus condiciones de soledad, eligieron cierta noche pavorosa y fría cuatro caballeros, que salieron desafiados, después de una reunión que celebraron en el Hospital de Atocha.

¿Motivos de este lance? La indómita fiereza castellana sublevada contra los que creían irritantes desmanes de la realeza encarnada en aquella magna figura histórica del bravo y autoritario Carlos I de España, V Emperador de Alemania...

Había este rey cedido á los frailes de Santo Domingo el Santuario de Atocha y todas sus dependencias.

Sometida la determinación regia al examen de los cuatro caballeros de la Junta del Hospital, enemistáronse en la discusión que sobrevino.

Opinaban dos de ellos que el Rey no tenía jurisdicción en aquellos dominios y que por consiguiente, después de aquella orden, debía indemnizar á los que se consideraban perjudicados con lo determinado por el Monarca.

Los otros dos juzgaban el asunto desde opuesto campo. Y en aquella contradicción ideológica, juzgaron preciso que callaran los labios y las espadas hablasen...

El lance llevóse á cabo. Y en el silencio de la noche plácida y negra fué el fulgor de los aceros siniestra afirmación de la fuerza de la violencia sobre la debilidad de la razón y la lógica...



ooo

De nada nos serviría esta calle á nosotros hombres imaginativos y fantásticos, amigos de las novelas engendradas por la vida, si en ella no se hubieran desarrollado otros sucesos menos complicados que las justas caballerescas y

sangrientas de una época brava, tumultuosa y reñidora.

Poco importa al aquietado y latente romanticismo de nuestros espíritus la discordia suscitada por risibles fueros y pragmáticas contradictorias.

A nosotros sólo nos atrae aquel poema angustioso que sin más escenario que las cuatro paredes de una modesta casa, representó una mujer desesperada y culpable de dulces delitos que por amor cometido, con amor, con todo el amor humano merecen ser perdonados...

En la calle del Olmo, vivió Teresa Mancha, la compañera de Espronceda, la errante é inquieta musa que le acompañó en sus insensatos sueños de adolescente, siguiéndole como aquellas lucecitas temblorosas y blancas que en los mares y en noches de luna, siguen á las silenciosas barcas de los pescadores...

ooo

Habían regresado de París Teresa y Espronceda. El poeta exaltado y jacobino, que en nombre de la Libertad se había burlado de todos los

principios y dogmas sociales, al llegar á Madrid pareció purificarse. Abandonando á Teresa fundándose en razones que á la mujer no convinieron, se fué á vivir con su madre, dejando á su amante en una modesta casa de la calle del Olmo.

Y allí asistió la pobre á esa menuda tragedia del corazón dolorido y atormentado por el infortunio, á la tragedia de su propio corazón, víctima de las vehemencias de aquel hombre de genio avasallador y omnipotente...

ooo

Teresa, al fin mujer, tuvo un instante de vacilación. Fueron cinco minutos de pecado y debilidad que destruyeron la armonía entre Espronceda y ella. Rota la calma de su amor se quebró éste. ¡Que por algo es el cariño en manos de poetas, lo mismo que un débil pájaro en manos de inquietos niños!...

Teresa, abandonada y enferma lloraba su felicidad perdida. Y la amarga y siniestra ley de la justicia de la vida tomaba ante sus ojos haciéndola comprender que no hay delito por nosotros cometido, que no se vuelva contra nosotros mismos para herirnos y castigarnos...

La que por seguir á Espronceda abandonó su legítimo y apacible hogar, se veía á su vez abandonada y sola...

Decíamos que Teresa lloró mucho...

ooo

Fugitivo aquel amor de adolescentes, Teresa emprendió su vuelo hacia otro nido. Herida de muerte fué á buscar amparo á la calle de Santa Isabel. A la casa número 22 de la citada calle, trasladó su domicilio.

En la calle del Olmo quedaban sus sueños rotos ante las sangrientas y humeantes aras de su amor perdido. Era el sepulcro de sus recuerdos y la tumba de sus ilusiones...

¿Epílogo de esta historia?... La de todas estas novelas de nuestra juventud: La Dama de las Camelias purificada por la muerte santa; poesía que cuando viejos nos arranca algunas lágrimas haciéndonos pensar en la pálida compañera de los veinte años de nuestra bohemia...

El 18 de Septiembre de 1839, moría Teresa, siendo enterrada de limosna por la parroquia de San Lorenzo en el cementerio situado en las inmediaciones de la puerta de Toledo llamado hoy general del Sur...

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

DIBUJO DE ECHEA

LAS GRACIAS MODERNAS

DIVINO TESORO



Fué al mediodía, en Recoletos, á la salida de San Pascual, entre devotas elegantes y señoritos «bien». Estábamos paseando y tomando el sol, en la delicia de una conversación espontánea, escritores, políicos y artistas.

De repente, un vigía galante nos llamó la atención porfiadamente:

—Señores ¡qué mujer!

—¿Cual?

—Aquella rubia del manguito blanco.

Iba sola, entre llamativa y seria, con esa dignidad afectada, pero gentilísima, de las mujeres elegantes; con esa gravedad estudiada, pero encantadora, de las bellezas jóvenes.

Le salió al paso una chiquilla, también rubia, bonita y seria.

—Señorita, lléveme flores.

—Gracias, monina.

—Ande, llévemelas, señorita. O dme una perra.

Del manguito sacó el portamonedas: «Toma».

En esto, de la iglesia salió rezagadamente una beata vieja, pero compuesta y emperifollada de mantilla y mantón, la cual miró á la dama rubia con insistencia que notamos todos.

—Es Celestina, descubriendo á Melibea.

—Mejor, la vieja esclava de una Danae vestida aún.

—Mejor, la tercera en «El pecado», de Romero de Torres.

Como la pequeña florista, la joven dama y la emperifollada vieja formaban, casi juntas, un extraño grupo, alguien recordó sutilmente el lienzo de «Las tres edades», del Giotto.

—Sí, pero el Giotto pintó las tres edades del hombre. Y esas tres, son mujeres. De manera que aquí del cuento:—«Media vuelta á la izquierda es igual que media vuelta á la derecha; sólo que es todo lo contrario».

Se entabló, aunque cortesmente, la disputa. No se trataba de la psicología del sexo, sino de la psicología de la edad. Infancia, juventud y vejez, sean del sexo que sean, tienen las mismas leyes psicológicas.

La infancia sueña con tener más años; la vejez sería dichosa con tener menos. La muchacha florista y la vieja retecompuesta miraban con envidia á la rubia joven. Eran como los dos platillos de una balanza, mirando al fiel. Eran dos corazones avaros contemplando deseosamente el «divino tesoro».

La florista, pobre y astrosa, tenía delante el porvenir, hecho elegancia, lujo y opulencias rubias. La vieja, ataviada pomposamente, tenía ante sí al pasado, que no vuelve jamás. Y entre la infancia y la vejez, entre la florista y la celes-

tina, la rubia juventud sintió que se encontraba entre dos abismos.

Porque también en el presente hubo un pasado y también habrá un porvenir. También la juventud siente melancolías de la infancia, porque pasó, é inquietudes por la vejez, que llega fatalmente.

Nunca como la otra mañana, observando las tres edades femeninas en un fugaz paseo por Recoletos, nunca sentimos tan profundamente como entonces la saeta de Ruben Darío, clavada en la mitad del corazón.

¡Juventud, divino tesoro!  
¡Ya te vas para no volver!  
Cuando quiero llorar no lloro  
y á veces lloro sin querer...

Porque lo más particular, amables lectoras, fué que la juventud rubia, ni lloraba, ni siquiera reía. Y viéndose enclavada entre la infancia y la vejez, como entre el bueno y el mal Ladrón, alzando con los brazos el manguito y en un revuelo de la falda sobre las botinas, pasó, grave, digna y gentil, con la gravedad del Pensamiento, la dignidad del Sentimiento y la gentileza de la Hermosura...

CRISTOBAL DE CASTRO

DIBUJO DE F. RAMÍREZ

EL CASTILLO DE SIGÜENZA  
**LA PRISIÓN DE UNA REINA MARTIR**

Es mucho y muy interesante lo que puede absorber la atención del curioso viajero que, al llegar á la vieja ciudad, se proponga conocer los tesoros que encierra entre sus murallas ruinosas.

En cuanto dispuesto á ello emprenda una excursión por las calles en acentuada pendiente y por las tortuosas travesías de la ciudad alta, habrá de percibir el carácter añejo que ofrece el caserío opaco y severo, desnudo de arquitectónicos detalles que lo embellezcan.

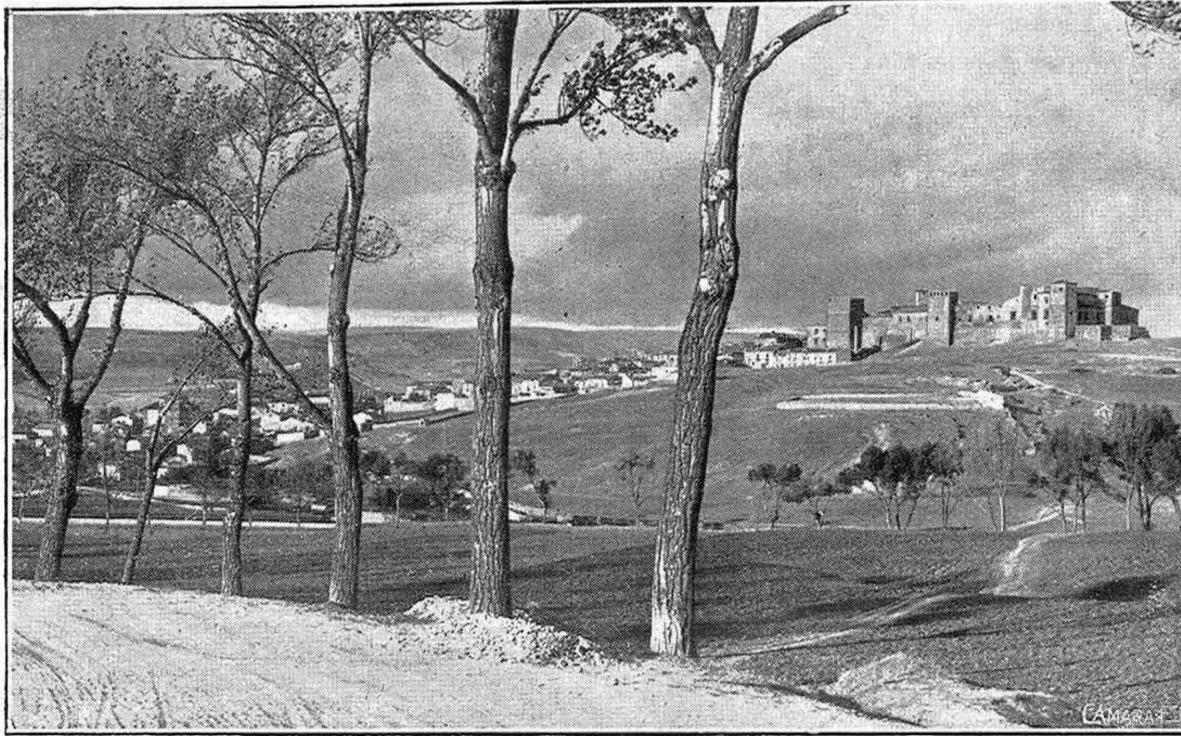
Llamarán su atención, en torno de la iglesia de San Vicente, las antiguas casas cuyos arcos semicirculares les dan un sabor bizantino; la plaza cerca de soportales, en la que estuvo la residencia del Consistorio. En la espaciosa plaza de la Catedral produciendo admiración, las fachadas de la decadencia gótica ó plateresca, levantadas sobre arqueado pórtico que fueron fabricadas en su mayor parte por el opulento cabildo y entre las que se distingue la del Ayuntamiento. Descendiendo á la parte baja de la población, observará un aspecto más nuevo y más alegre; sus casas, de carácter moderno, fueron levantadas á fines del siglo xviii por el obispo D. Juan Díaz de la Guerra, quien generosamente cedió al Hospital la propiedad, y aunque no son

muy suntuosas, no tienen el carácter sombrío que da á las otras la vetustez. Siguiendo por la frondosa alameda que tiende sus umbrías calles hacia las márgenes del río, verá la ermita de Nuestra Señora de los Huertos, con su portada de estilo renacimiento, y cuya fábrica del siglo xvi, es reedificación de otra que perteneció á la vieja catedral.

El Humilladero, es otra ermita gótica contemporánea de la de los Huertos, que habrá de merecer su atención. Y otras de las edificaciones

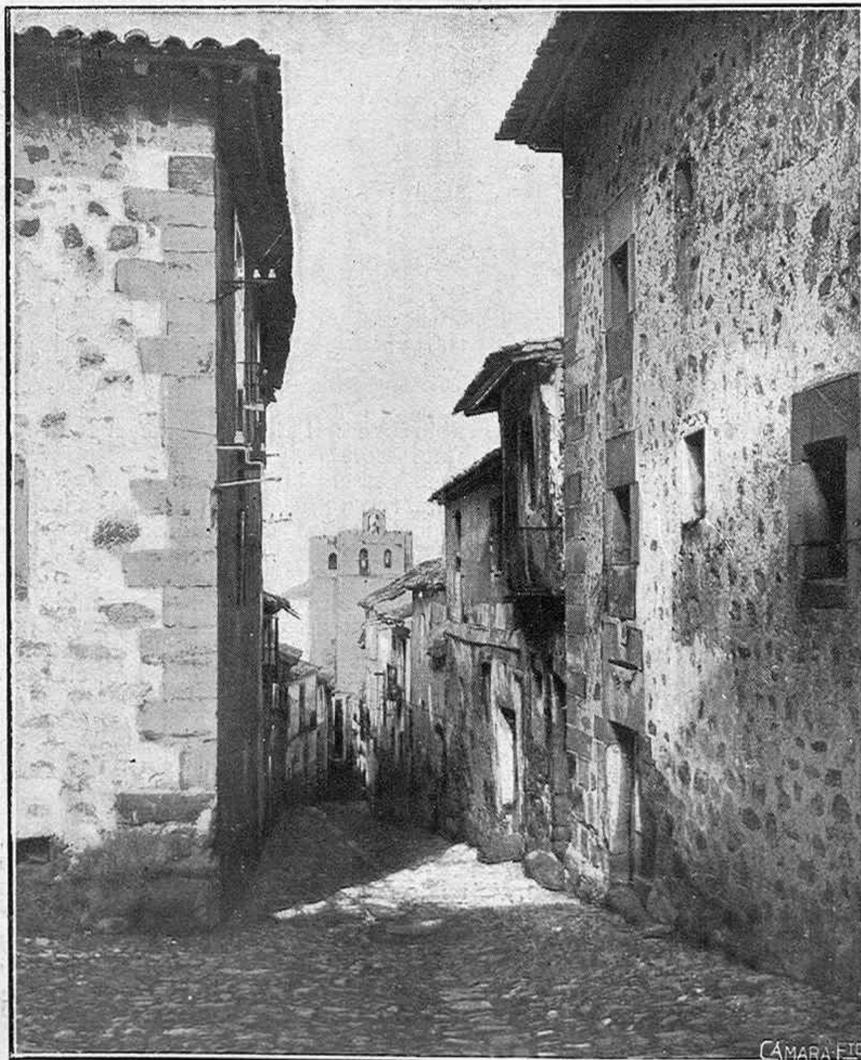
que sin duda le interesarán, son: el Convento de Franciscanos con su convexa fachada churrigueresca, el de Ursulinas, instalado en la casa que fué de los Infantes de Coro, el Hospicio y el Cuartel de Milicias, ambas debidas á la iniciativa episcopal; el renovado colegio de Jerónimos y el de San Antonio, que en 1477 fundó el arcediano de Almazán, Juan López Medina, criado del cardenal Mendoza, en los que residió durante tres siglos la Universidad de estudios.

La Catedral, situada en uno de los frentes de la plaza Mayor, conseguirá causarle asombro. Es un sólido edificio de estilo gótico, construido con piedra de sillería, cuya fachada principal tiene tres puertas de gran mérito, á las que precede un amplio atrio enverjado y con adornos de figuras en piedra. Corona la puerta central un precioso medallón bajorelieve, representando la aparición de la Virgen á San Ildefonso. A los lados de la fachada elevanse dos torres cuadradas y macizas con almenas terminadas en gruesas bolas, que se comunican por una balaustrada de piedra sobre la fachada. El interior del templo, de amplias y severas naves, de suntuosas proporciones, ofrece gran interés arquitectónico y artístico, tanto en lo que se refiere á su ornamentación general como en lo que atañe á



Vista de Sigüenza y del famoso castillo que fué residencia episcopal, y en el que estuvo recluida la reina doña Blanca

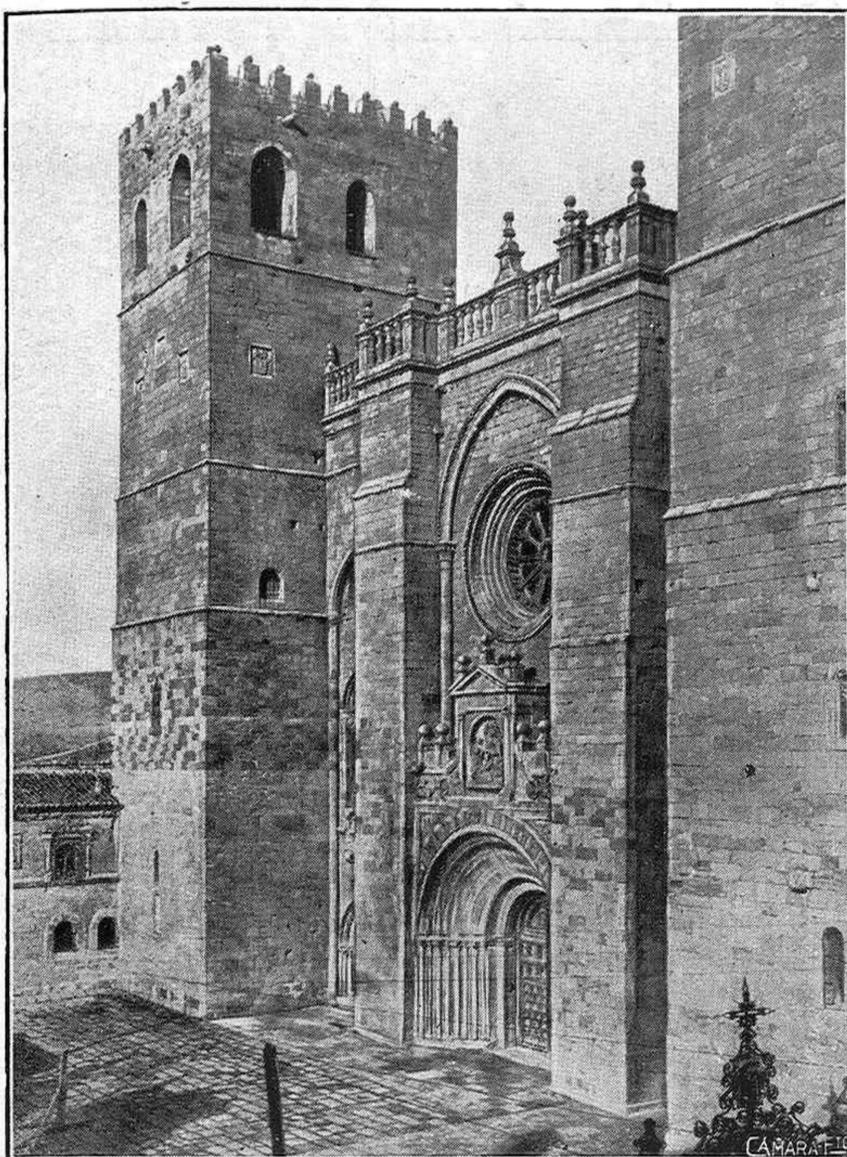
FOT. ESPINAL



Una calle típica de Sigüenza, viéndose al fondo la torre de la Catedral



Una antigua casa señorial de la ciudad de Sigüenza



Fachada principal de la Catedral de Sigüenza



Plaza de la Constitución y torre del Santísimo

los altares y sepulcros. En la capilla de Santa Librada, patrona de la ciudad, consérvanse las reliquias de la santa, cuya imagen ofrécese en el centro de un hermoso retablo. El coro, situado en el centro de la iglesia, es notable por las preciosas tallas de la sillería, así como el altar de Nuestra Señora la Mayor, construido en jaspes negros y rojos.

También es digno de atención el claustro de estilo gótico florido, en el que se admiran dibujos tan bellos como sutiles, con menudos y exquisitos calados en todas sus ventanas cubiertas de cristales. En el sagrario existen notables esculturas y mascarones labrados en piedra arenisca, de gran mérito artístico, así como la bóveda, en la que se ofrecen á la contemplación primorosos labrados. En la sala capitular consérvanse hermosas pinturas de tanto mérito como las que enriquecen las capillas. Este hermoso templo, comenzado á construir en el siglo XII, debe muchas de sus obras de reforma y embellecimiento al cardenal Mendoza. La efigie de Santa María la Mayor, que fué la titular, es una obra interesantísima del siglo XI...

Y todas estas cosas y muchas más que podrían citarse, son, sin duda, dignas de la escrupulosa atención, del minucioso examen de todo aquel que se extasia ante las manifestaciones del arte de otros tiempos.

Pero existe fuera de la ciudad algo que re-

clama de manera más imperiosa la atención del que al contemplar la obra de otras edades, relaciona con las viejas edificaciones que han respetado los siglos, los sucesos históricos de que fueron testigos mudos. Y en este aspecto, ¿qué puede ofrecer mayor interés en toda Sigüenza que las ruinas de su alcázar?

Fué ese viejo castillo que aún se yergue con altivez sobre la ciudad la residencia de los obispos que fueron sus gobernadores y á muchos de los que en él moraron débeseles el engrandecimiento de Sigüenza. Cembruno construyó las iglesias de Santiago y de San Vicente, y dió comienzo á la fábrica de la catedral. Muchos de

los ilustres prelados que le sucedieron cubriéronse con la púrpura cardenalicia, siendo los más promovidos á las principales sillas metropolitanas.

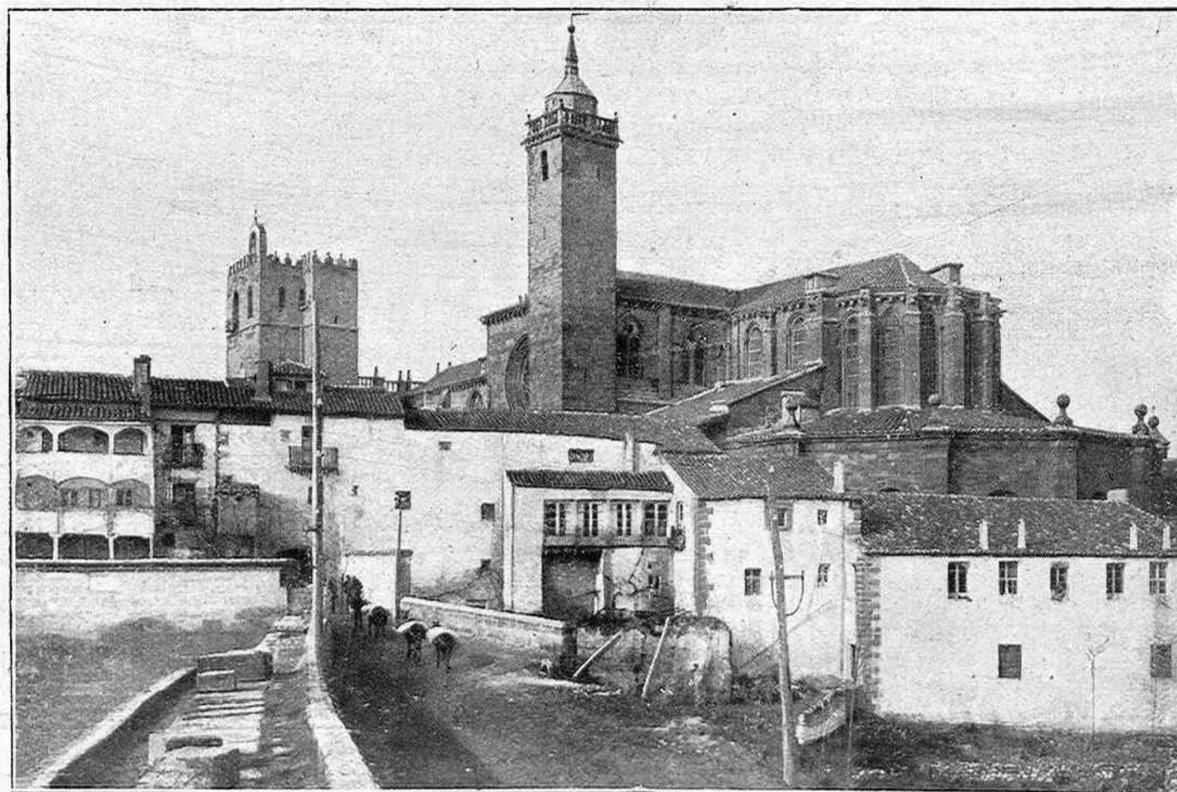
En las guerras civiles de los siglos XIII y XIV, el castillo de Sigüenza figuró como escenario de numerosos hechos, y en 1297 los partidarios de los de La Cerda escalaron sus murallas é introdujéronse en el recinto, siendo preciso á los ciudadanos recurrir al fuego para conseguir expulsarlos.

Más intensamente que ninguna otra figura histórica, evocan aquellos muros el recuerdo de la infortunada reina doña Blanca de Borbón, primera esposa del trágico rey D. Pedro I de Castilla, cuyo reinado ha sido objeto de tan largas polémicas y ha dado lugar á muchos romances y leyendas.

Muy poco después de su matrimonio, el cruel monarca, que sólo permaneció dos días al lado de su esposa, impaciente por volver á los brazos de María de Padilla, su amante entonces, hizo encerrar en una de sus almenadas torres á la reina, que más tarde, y siguiendo la penosa y larga odisea del cautiverio impuesto por el odio inexplicable del Soberano, había de morir traidoramente asesinada en Medina-Sidonia.

¡Quién, al recorrer aquellas históricas ruinas, no pospondrá á toda otra emoción la que produce el recuerdo de aquella pobre reina mártir!

JUAN BALAGUER



Vista del ábside y de la torre del Santísimo de la Catedral de Sigüenza

FOTS. L. BEAUBÉ

## EL KAISER Y SUS ALIADOS



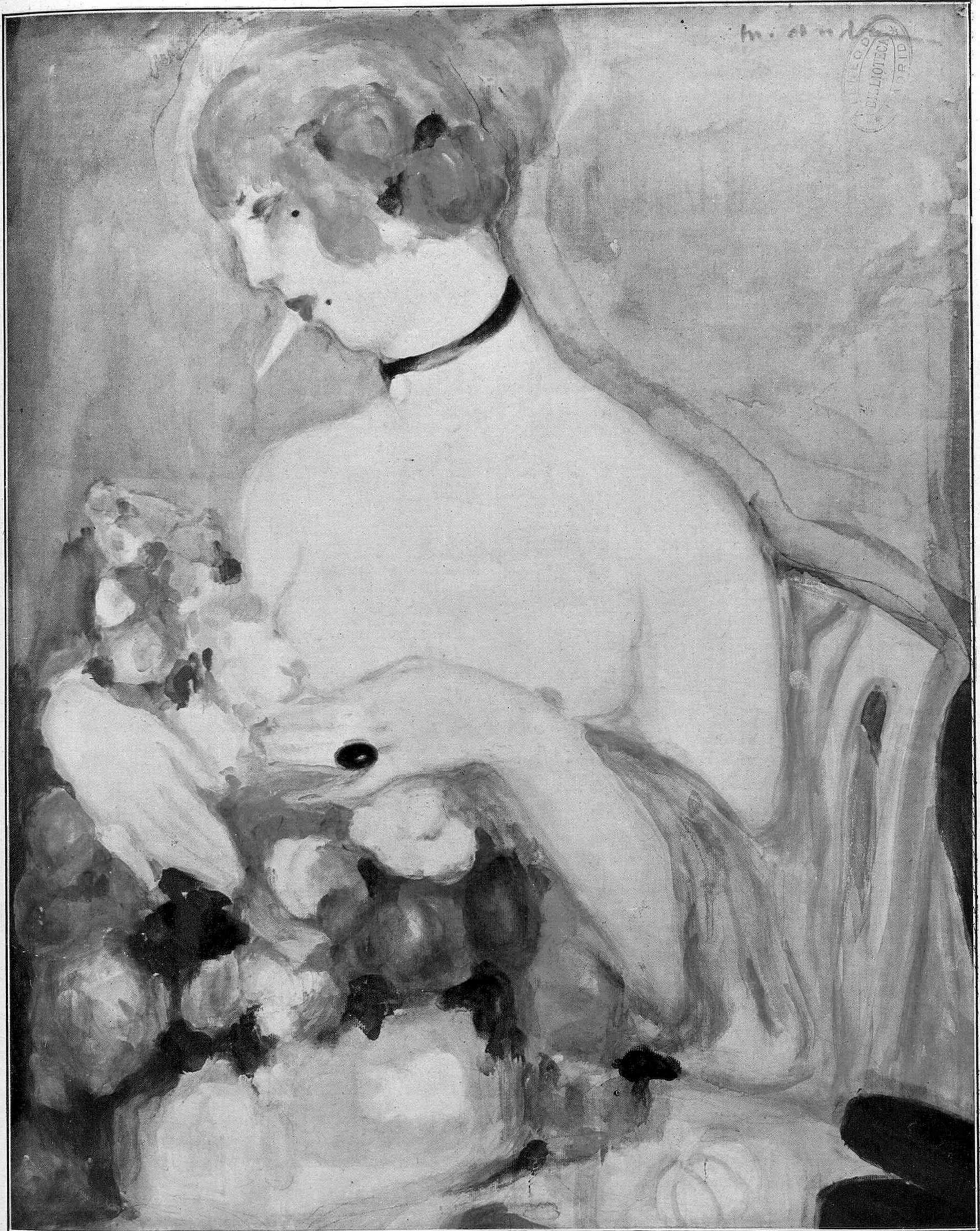
El Emperador Guillermo examinando en la estación de Nish las medallas impuestas á los soldados búlgaros que se han distinguido en la campaña

Durante su reciente visita á los Balkanes, detúvose el Kaiser en la estación de Nish y pasó revista á las tropas búlgaras que habian formado para rendirle honores. El Kaiser, arrostrando la bajísima temperatura que en esta época invernal reina en estos países, apeóse del vagón imperial y descendió al andén, donde estuvo revistando las fuerzas búlgaras y

felicitando á todos aquellos soldados que ostentaban en el pecho, por méritos de guerra, la cruz militar. El Emperador dirigió una breve arenga á las tropas, haciéndoles presente que Alemania no olvidará nunca la leal y eficaz cooperación de Bulgaria en este trance de guerra por que atraviesa el Imperio, para cuando sea llegada la hora del triunfo.

LA ESFERA

# PÁGINAS ARTÍSTICAS

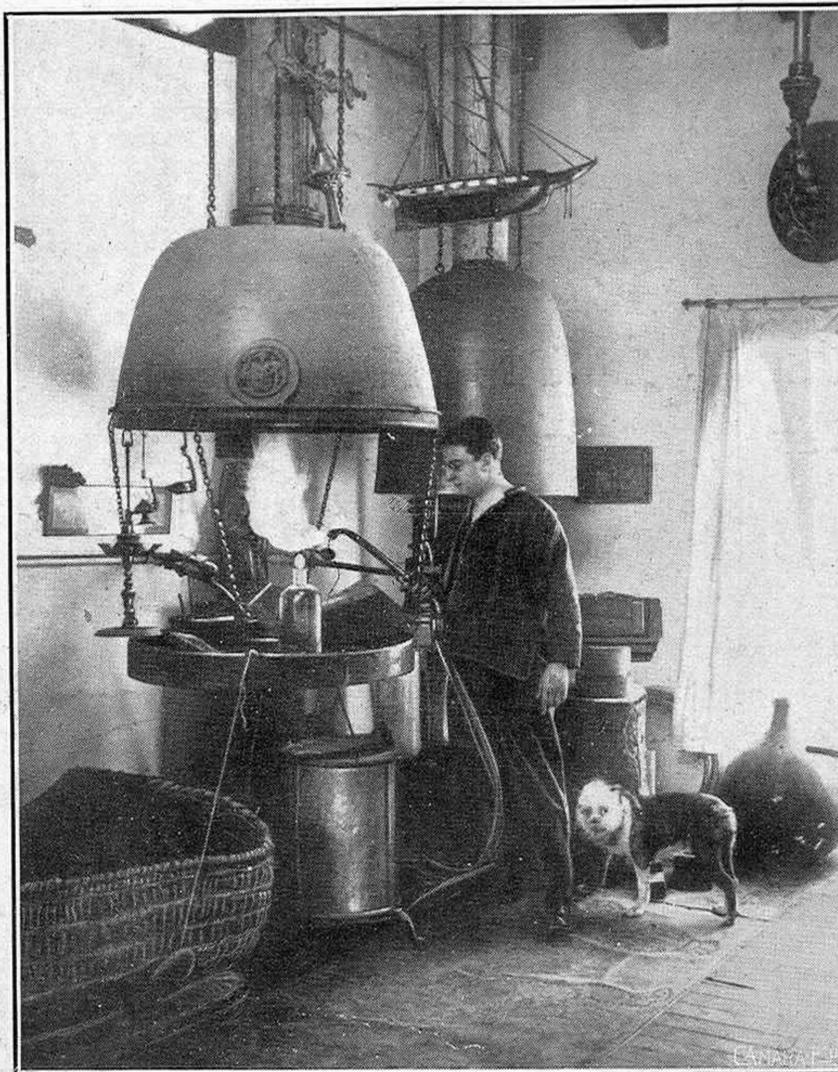


FANTASÍA, proyecto para esmalte original de Mariano Andreu

EL ARTE CATALÁN CONTEMPORÁNEO  
**MARIANO ANDREU**



"Teresita", dibujo del artista catalán Mariano Andreu



El ilustre artista Mariano Andreu, en su taller de esmalista



"Retrato", cuadro al óleo original de Mariano Andreu

He aquí un hombre y una obra que no se desdican mutuamente.

Tan rico de interés, tan pleno de inquietud seductora como su arte complejo y refinado, es él mismo y cuanto le rodea.

Ha sabido y podido dar igual ritmo a su vida y a su trabajo. Realiza la belleza con la misma facilidad que se satisface los deseos. Los días son para él como materiales de felicidad. Y así, paralelo a la vida que deja su huella, va abriendo el cauce para la nave de sus aventuras.

Esto de unir con tan prieto abrazo la vida y el arte, pocos hombres pueden conseguirlo. Es preciso, además de ser rico cual lo es Mariano Andreu, poseer su talento y su sensibilidad. Gracias a esa doble fortuna del espíritu y del dinero, ofrece ante los espectadores el grato enigma de averiguar si la vida que lleva es una consecuencia del arte que ejecuta o si éste es una prolongación de aquélla.

Lo importante, lo simpático, es que están perfectamente hermanados y que una visita al estudio de Mariano Andreu, una entrevista con él, amplifica y rubrica lo que ya dicen los cuadros, los dibujos, las acuarelas, las aguas fuertes, los cobres repujados, los esmaltes maravillosos.

Mariano Andreu no ha conocido los días desalentadores de los comienzos difíciles. Esos días envenenados de prematuras impaciencias, de cansancios repentinos en que la belleza interior ha de prostituirse para no morir de hambre propia y de ignorancia ajena.

Mariano Andreu ha podido prescindir de dos cosas que rara vez dejan sombrear la vida de un artista: los primeros maestros y las primeras claudicaciones.

¿Que para ello hace falta ser rico? Naturalmente. Pero también tener talento y esto último no es tan fácil de heredar o de conseguir como un título de los que llaman nobiliarios o varios títulos bancarios.

A los dieinueve años marchó Ma-



"El ciego", gran relieve repujado en cobre esmaltado, de 2 x 1,33 metros

riano Andreu a Londres. Su adolescencia estaba como un almendro en los días vernales, florecida de preguntas y de presentimientos. Pero nada más. Tenía todos los instintos del artista nato y ninguna experiencia. En Londres se consagró a copiar a Van Eyck, a aprender el inglés en los poetas Wilde, Keats, Shelley, Swinburne, y en los labios de las mujeres de music-hall. Adoraba a Beardsley y paseaba su nostalgia de latino bajo las brumas románticas y el cotidianismo demasiado práctico de la Inglaterra contemporánea. De esta época son sus primeros intentos de esmalista en la «School of art and craft».

Desde entonces y cada vez más acentuada, la verdadera orientación de Mariano Andreu será el esmalte. Todo girará en torno de ese arte tan noble y tan olvidado. Y siempre en un sentido que podríamos llamar decadente por su refinamiento y su elegancia y su sensualidad mucho más alta que el nivel grosero de las sensualidades comunes.

Al volver a Barcelona Andreu, publicó algunos dibujos en revistas y periódicos; pero su verdadera labor era la otra cotidiana, incesante, en la soledad de su taller, en una lucha áspera y terrible contra el fuego.

Junto a la mesa cubierta de frascos y botellines de ácidos, al lado de los hornos enormes, bajo los barcos que cuelgan del techo de su estudio como los ingenuos ex-votos en las humildes capillas de los pueblos pesqueros. Mariano Andreu trabajaba diez, doce horas diarias, descansando de la tarea de repujador o de esmalador, con los pinceles del acuarelista o el buril del acuafortista.

En 1910 celebró una exposición con otros tres artistas tan interesantes como él: el pintor Néstor, y los dibujantes Laura Albeniz y Smith.

Poco después volvió a Londres, en compañía de Néstor. Los dos artistas vivieron juntos una larga temporada. Mientras Néstor perfeccionaba sus excepcionales y admirables condiciones



“¡Cogilos!”, aguafuerte de Mariano Andreu

de pintor, Mariano Andreu se consagró por entero al esmalte.

Discípulo primero, amigo después de Alejandro Fisher, supo aprovechar las enseñanzas del gran esmalador inglés de un modo que harto elocuentemente prueban *La madona de la fruta* hecha entonces, y *El ciego*, terminado ahora.

En octubre de 1913 expone un conjunto de cincuenta y seis obras en el Salón *Neue Kunst* de Munich. Su exposición fué un gran éxito y le proporcionó el hacer varios decorados para el Künstler-Theater.

Después expuso por dos veces en el Salón de París y se consagró por entero á su obra maestra *El ciego*.

En *El ciego*—que es un verdadero acierto simbólico y un prodigio técnico—ha invertido Mariano Andreu tres años y muchos miles de pesetas. Es el esmalte mayor del mundo. Nunca y en ningún siglo se llegó á las proporciones de este grupo en el que Mariano Andreu simboliza el ciego de amor entre la pureza de la madre y la perversidad de la cortesana.

Actualmente Andreu se consagra á los retratos de mujer en esculturas de cobre repu-

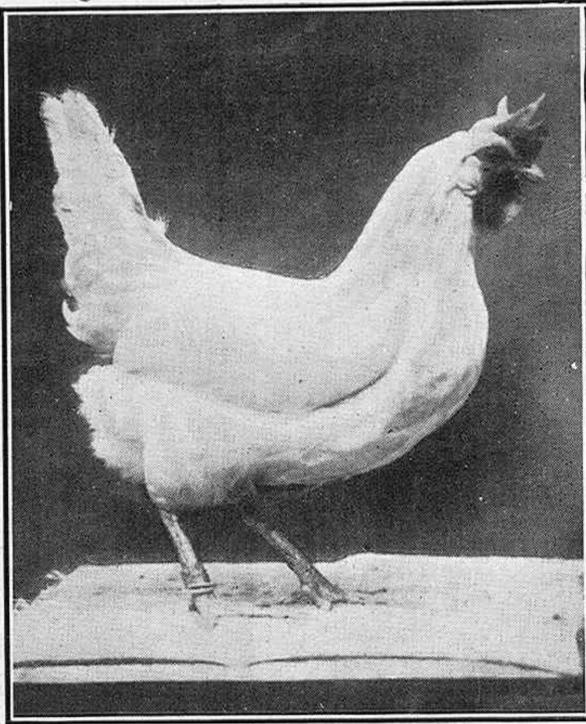
jado y esmaltado. Audacia que los florentinos y los egipcios de los siglos lejanos le envidiarían...

Pero no por ello abandona los otros aspectos del arte. Es un gran inquieto, un sediento de todas las emociones y un insaciable curioso de todos los procedimientos artísticos.

Y cuando se piensa que todavía no ha cumplido treinta años, no es aventurado predecir que será una de las reputaciones más sólidamente afirmativas de nuestra época.

SILVIO LAGO

DE NORTE A SUR



LADY EGLANTINA  
"La gallina de los huevos de oro"

Lady Eglantina

Lady Eglantina ha estado en el Imperial Hotel de Nueva York. Por su estancia en éste, que es uno de los primeros hoteles neoyorkinos, se ha pagado una suma extraordinaria. Lady Eglantina tenía á su servicio exclusivo varios criados. Lady Eglantina recibía visitas de ilustres personalidades como el Mayor Mitchel y de periodistas que acudían preocupados con una información interesante. Lady Eglantina se dirigía todas las tardes en automóvil al lugar donde se exhibía cotidianamente á miles de personas. Para Lady Eglantina se traían expresamente los alimentos y el agua desde su lejano Maryland, por temor á que el agua y los alimentos neoyorkinos estropearan sus maravillosas facultades.

¿Quién era Lady Eglantina?  
Lady Eglantina es una gallina. Eso es: una *some chicken* que se ha exhibido como algo muy extraordinario en el Palace Poultry Show de Nueva York.

Y ya supondréis que cuando en la capital de los Estados Unidos se considera extraordinaria una persona, una cosa, ó un animal como ahora, es porque realmente merece el asombro yanki.

Lady Eglantina evoca el recuerdo simbólico de la gallina de los huevos de oro. Una romántica leyenda, pues, la precede. Se envidia á su amo el dueño de la Granja Eglantina en Maryland, como á un ser elegido por los dioses que pudiera cambiar en realidad tangible la fantasía de los cuentos brujos.

Y, sin embargo, Lady Eglantina no hace más que una cosa corriente en las aves: poner huevos.

Pero en tal cantidad, que cuando lo sepan en los gallineros españoles, vá á suscitar carcaeos de incredulidad.

Lady Eglantina pone al año 314 huevos. Sólo descansa 51 días, lo que realmente no es mucho. Ante ese caso extraordinario de fecundidad, el dueño de Lady Eglantina la ha valuado en 100.000 dólares.

Como veis, la leyenda se repite. Una codicia desmedida ciega al poseedor de «la gallina de los huevos de oro». Porque si aquél la mató para coger de una vez todo el oro antes de ser acuñado en su forma ovoidal, éste no piensa en lo transitorio de las femeninas glorias. Dentro de un año, de dos á lo sumo, Lady Eglantina habrá perdido esas facultades, habrá envejecido y ya no valdrá esa cantidad fabulosa. Y tanto equivale matar á una gallina para sorprender el secreto de su ovogenia, como tenerla que matar porque ya no sirve más que para hacer «buen caldo».

Charlie Chaplin

Aun no tiene el nombre español como Salustiano y Toribio; pero ya es más popular que ellos. Y, sobre todo, más joven. De entre los artistas grotescos y mudos de la pantalla cinematográfica, ha sabido destacarse muy pronto.

Lo recordaréis con su bigotillo impertinente, su sombrero hongo ladeado sobre la rizosa cabellera, la corbata en lo alto del cuello, el chaquet de cola de pato y los pantalones claros demasiado anchos. Tiene además, el andar inconfundible del ánade torpe prometido por su chaquet.

¿Y nada más? Nada más sino es la persistencia de la caracterización y de la indumentaria.



MISS JESSIE ROSENFELD  
Inventora del "traje único" para la mujer

No es un actor protéico, no encarna tipos diferentes. Es él, siempre él, aunque haya de interpretar distintos personajes é intervenir en diferentes aventuras.

Ya esta confianza afirmativa de su propia jocosidad es un acierto. Charlie Chaplin sabe que un actor cómico no debe hacer esperar el momento de la carcajada á su público. Es casi un deber augusto. Recordemos cuando el Emperador de Austria quiso afeitarse las patillas. Hubo una convulsión en todo el imperio y Francisco José se resignó para que no se cambiaran los retratos oficiales, las monedas, y no tuvieran que afeitarse los miles de ciudadanos militares ó civiles que por imitar á su emperador gastan patillas.

Gracias á esa persistencia del aspecto físico y de las piruetas—un poco monótonas, ¡ay!—el cinematografista inglés Charlie Chaplin tiene á los veinticuatro años una fortuna de varios miles de libras esterlinas y cuando se asoma á la pantalla, aun antes de hacer nada gracioso, excita la risa ingenua del vulgo.

Los fabricantes de juguetes copian su silueta

para muñecos grotescos; licores nuevos llevan su nombre; hay sombreros Chaplin y no hace mucho, con motivo de una fiesta infantil, el niño que se presentó disfrazado de Chaplin obtuvo primer premio.

Pero Chaplin, que además de actor es «asuntista», ha estado á punto de perder esta popularidad, porque ha ideado, según dicen, una película en que se burlaba del reclutamiento inglés. Menos mal que esta película no ha llegado á presentarse.

Habría sido un peligro nacional y habría tal vez hundido á este personaje de la cinematografía á quien le han bastado un bigotillo impertinente, un chaquet pasado de moda y unos ademanes de pingüino, para hacerse millonario.

Un traje práctico

Ya dentro de la frivolidad, hablemos ahora de la moda femenina. Miss Jessie Rosenfeld es una heroína amiga de los maridos ó de los hombres que, sin ser maridos, costean los trajes de las mujeres.

Miss Jessie Rosenfeld ha imaginado un traje que sirve para todo, como ciertas criadas. Lo triste será que la semejanza sea mayor con esas domésticas económicas y no sirva luego para nada.

No importa. Consideramos un deber de solidaridad con nuestros compañeros de sexo hacer pública la idea de Miss Jessie Rosenfeld.

Su traje lo mismo puede servir para los paseos matinales que para una recepción nocturna, pasando por el té de las cinco. Se le quitan ó se le agregan unos adornos.

Es realmente maravilloso. Las damas estarán bellísimas con ese traje «para todo». Muchas modistas tendrán que echarse al campo como los caballistas de otro tiempo, y quitarle á los trabucos naranjeros el disfraz de facturas que ahora emplean para tormento de los maridos y de los otros que no son maridos.

Los dibujantes de figurines tendrán también que masculinizar un poco su arte, con lo cual no perderán nada.

Llegaremos, incluso, á tener dinero sobrante para los recibos del inquilinato.

Mas ¡ay! que esta moda nueva del «traje único» viene de Nueva York y según dicen las señoras, los periódicos de modas yankis, sin alcanzar el grotesco mal gusto de los alemanes, están completamente desacreditados...

José FRANCÉS



CHARLIE CHAPLIN  
Célebre actor inglés de cinematografía